

1380

La

Bruja de Sanjaron



# LA BRUJA DE LANJARON,

ó

UNA BODA EN EL INFIERNO.

COMEDIA DE FIGURON EN TRES ACTOS

DE

Don Tomás Rodríguez Rubí.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

1843.

PERSONAS.

ACTORES.

LA DUQUESA. . . . .	<i>Doña Bárbara Lamadrid.</i>
ROSALÍA. . . . .	<i>Doña Catalina Flores.</i>
DOÑA VIRTUDES. . . . .	<i>Doña Concepcion Sampelayo.</i>
DON LOPE. . . . .	<i>Don Juan Lombía.</i>
DON RAMIRO. . . . .	<i>Don Francisco L. . . . .</i>
SUSPIRO. . . . .	<i>Don Vicente Caltañazor.</i>
REGOLLOS. . . . .	<i>Don Agustin Azcona.</i>


CRIADOS, CORISTAS Y BAILARINAS.

---

La accion pasa en el castillo de Lanjaron, valle de Lecrin, reino de Granada, y en 1598.

---

*Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*



# Acto primero.

---

*Salon gótico: derecha arriba una ventana, puerta en el fondo, y á derecha é izquierda dos entradas y salidas, perfectamente disimuladas y practicadas de modo que cuando llegue el caso usarlas no hagan el efecto de puertas secretas, sino el de hendiduras ó abrimientos de pared. Mesa á la izquierda, sillones &c., y una lámpara de mano que arderá sobre la mesa.*

## ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA. ROSALÍA.

*(Rosalia enfrente de la ventana contemplando el calle. La duquesa profundamente ocupada en la lectura de un libro.)*

ROSALIA.

A Dios, valle de Lecrin,  
asilo de mi infortunio;  
recibe con estas lágrimas  
tal vez mi prostrar saludo.  
¡Ay de mí, que el nuevo sol  
no brillará ya tan puro  
como á mis ojos lucía  
en tu retiro profundo!  
Ni escucharé el dulce canto  
de tus aves desde el muro,  
ni oiré de tus claras fuentes  
el apacible murmullo.  
¡Ay! ¿dónde podré calmar  
la agitacion con que luchó,  
si cada vez se presenta  
mi porvenir mas oscuro?

:

¡Paz...! no la habrá para mi aunque cruce el ancho mundo... que ya sé, ya se me espera en el fondo del sepulcro.

DUQUESA. ¿Qué te pasa, Rosalía? pareceme que te escucho sollozar...

ROSALIA. Señora, es cierto: perdonad si os interrumpo; pero advertid un instante que estas lágrimas que enjugo serán tal vez las postreras que vierta aqui.

DUQUESA. Muy confuso, Rosalía, es tu lenguaje.

ROSALIA. ¿Qué causa afligirte pudo... Señora duquesa, tengo que abandonar al punto: tengo otra vez que lanzarme á luchar con mi infortunio y buscar mi salvacion por entre escollos sin número.

DUQUESA. ¡Ay señora! ¿no os parece que mi dolor es muy justo? Yo lo ignoro, pobre niña: jamas á nadie pregunto si es feliz ó desdichado, mas... tú me interesas mucho; tú, una noche en que bajaba de esos montes un diluvio, á la luz de los relámpagos y al son del trueno iracundo, te acercastes á las puertas de este castillo vetusto. Y tú, despreciando entonces supersticiones del vulgo, que supone esta mansion llena de seres impuros, te atrevistes á llamar sobre el misterioso escudo y á demandar un albergue que fué concedido al punto.



Há un año que ves aquí  
 por todas partes el luto;  
 que observas en mis criados  
 el silencio mas profundo,  
 y ves en mí una muger  
 de genio... nada importuno;  
 que nunca te ha preguntado  
 qué fué lo que te hizo el mundo,  
 ni jamas te preguntara,  
 mas... tú me interesas mucho.  
 ¿Será tal vez que el pavor  
 al fin dominarte pudo  
 y te alejas del misterio  
 que se encierra en estos muros,  
 temiendo que una vision  
 en el silencio nocturno  
 te arrebate por los aires...?  
 ¡Pobre niña! te disculpo.  
 Si es por eso, no me dejes,  
 que este silencio profundo,  
 esas visiones medrosas,  
 este misterio, este luto  
 muy pronto van á cesar,  
 Rosalía, te lo juro,  
 que asi le plugo ordenarlo  
 aquel que aun lloro difunto.

ROSALIA.

No es eso, señora mia;  
 no es ilusorio temor,  
 no el silencio ni el misterio  
 los que me alejan de vos;  
 que muy tristes desengaños  
 el mundo ingrato me dió  
 para que tales patrañas  
 fascinen mi corazon.

DUQUESA.

Luego...

ROSALIA.

Sí, tenéis derecho  
 para saber mi dolor:  
 voy á decíroslo al punto,  
 y aconsejadme, por Dios.  
 Yo no he sabido jamas  
 quién fué de mi vida autor,  
 que á todo el que pregunté

jamas respuesta me dió.  
 Desde mi infancia he vivido  
 en perpetua reclusion.  
 Un convento allá en la corte  
 del mundo me separó,  
 y solamente á las rejas  
 de aquella santa prision  
 solía acercarse un jóven...

DUQUESA.

ROSALIA.

¡Hola!... ¿un galan?

¡Ah! no, no;

era mi hermano, señora,  
 el único protector  
 que por mi bien en la tierra  
 el cielo me concedió.  
 Pero por mas que le hablaba  
 de mis padres con ardor,  
 siempre un silencio cruel  
 á mis preguntas guardó.  
 Asi pasaron los años,  
 sin placeres ni dolor...  
 hasta que del mal la hora  
 sobre mi frente sonó.  
 Hubo un hombre que en el templo...  
 delante del mismo Dios  
 con sus ardientes miradas  
 el alma mia abrasó.  
 Que mil veces de sus ojos  
 el brillo fascinador,  
 me arrebató el pensamiento,  
 mis oraciones turvó...  
 Y en hora ¡ay Dios! bien menguada  
 de las sombras á favor,  
 dí en el silencioso claustro  
 oidos á su pasion.  
 ¡Ay, cómo entonces el pérfido  
 con dulce amorosa voz  
 su cariño y las delicias  
 del mundo me retrató!  
 Yo embebecida escuchaba...  
 quiso romper mi prision...  
 sígueme, dijo... y yo ciega  
 su planta seguí veloz.



Dejé aquel santo retiro  
y á las siervas del Señor :  
trájome á la Andalucía...  
¡ y en ella me abandonó !  
¡ Qué villano !

DUQUESA.  
ROSALIA.

Sí señora ,  
muy villano, muy traidor.  
A pesar de lo que has dicho,  
yo no encuentro la razon  
para que de aqui tan pronto  
te alejes...

ROSALIA.

¡ Válgame Dios !  
Acaso ¿ habeis olvidado  
que há dos semanas llegó  
al castillo herido un jóven  
y demandando favor ?

DUQUESA.

¡ Qué dices, desventurada !  
¿ á ese hombre conoces ?

ROSALIA.

¡ Oh !

DUQUESA.

Y ¿ quién es, quién es... tu hermano ,  
ó tu infame seductor ?

ROSALIA.

Señora, es mi hermano.

DUQUESA.

(*Tranquilizándose.*) Bien.

ROSALIA.

Pensad un instante vos  
cuánto habré yo padecido  
ahogando aqui mi dolor,  
sin acercarme á su lecho  
ni abrirle mi corazon.  
Mas ya que vuestro cuidado  
del peligro le sacó,  
es fuerza partir, señora ;  
debo evitar su furor ,  
y la vergüenza que al verme  
sentiria...

DUQUESA.

No, eso no ;  
no te vayas, desgraciada ,  
yo te ofrezco proteccion...

ROSALIA.

¡ Dios os bendiga !

DUQUESA.

¿ Y el nombre,  
el nombre de tu raptor ?

ROSALIA.

Don Lope dijo llamarse ,  
y en la corte me contó

- que era de aqui natural,  
de varias tierras señor...
- DUQUESA. ¡ Don Lope de Silva !
- ROSALIA. ¡ Cielos
- DUQUESA. ¿le conocéis tambien vos ?  
Su nombre oí varias veces...  
No salgas de Lanjaron ,  
si no quieres, pobre niña ,  
multiplicar tu dolor.
- ROSALIA. Pero... no os comprendo...
- DUQUESA. Digo ,  
que solícito á mi voz  
verás aqui aparecer  
á tu amante...
- ROSALIA. ¡ Santo Dios !  
¿ Don Lope aqui ha de venir ?  
pues si á las Indias partió...
- DUQUESA. Qué importa, le haré volver ,  
que al cabo, tengo opinion  
de hechicera en este valle...
- ROSALIA. Pero... ¿ eso es cierto ?
- DUQUESA. Pues no.
- ROSALIA. ( Dios mio, ¿ qué es lo que escucho ! )
- DUQUESA. ¡ Ja...! ¡ ja...! ¡ ja...! ¿ dáte pavor  
oir de mis propios labios  
tan estraña confesion ?
- ROSALIA. Es que no puedo creer  
tales amaños en vos ,  
pese á la opinion del vulgo  
y á cuanto...
- DUQUESA. Tienes razon.  
Déjame ya, Rosalía ;  
vé á descansar sin temor,  
y ya verás hasta dónde  
alcanza mi proteccion.  
Y ¿ veré á don Lope ?
- ROSALIA. Sí...
- DUQUESA. ¿ Cuándo...? ¿ cómo...?
- ROSALIA. Qué sé yo...
- DUQUESA. ya lo sabrás algun dia.
- ROSALIA. Señora... que os guarde Dios.

## ESCENA II.

LA DUQUESA.

Pobre, inocente paloma  
 que en el mundanal espacio  
 al tender tus blancas alas  
 diste en el oculto lazo.  
 Ni tu candor, ni el asilo  
 que te dieron en el claustro  
 han podido defenderte  
 de las garras del milano.

(Pausa.)

¿Con que don Lope de Silva  
 es el que la ha deshonrado,  
 y el miserable la premia  
 con proceder tan villano...?  
 Y ¿es este ¡ay cielos! el hombre  
 á quien me habeis destinado?  
 ¿es este el que va á ser dueño  
 absoluto de mi mano?  
 Bien hice yo en disponer  
 cuanto tengo preparado...  
 ¡Oh! á tal prueba he de esponerle  
 y juro acosarle tanto,  
 que al sentir la penitencia  
 se arrepienta del pecado

(Pónese á examinar un pliego que habrá sobre la mesa.)

## ESCENA III.

LA DUQUESA. DOÑA VIRTUDES.

VIRTUDES. (Bajo.) Aquí me valga el Señor  
 y con él todos los santos...  
 lo estoy viendo, me va á echar  
 con una legion de diablos.  
 ¡Hejem...! ¡qué tos...! nada, no oye,  
 distraida... pues me largo...  
 pero el otro... ¡es fuerte apuro!  
 vendrá, y entonces... cuidado  
 que estos hombres no reparan

- en montañas ni en barrancos.
- DUQUESA. Aquí mi sentencia está  
escrita desde hace un año...  
¡plegue al cielo no se cumpla...
- VIRTUDES. (Pues señor, allá me encajo.)  
Ave María Purísima,  
por siempre sea alabado...
- DUQUESA. ¿Qué quiere doña Virtudes?  
¿á qué viene aquí rezando?
- VIRTUDES. ¡Ah...! ¿vos...? es costumbre mia,  
señora, y de muchos años;  
rezo alto siempre al entrar  
por si es que está dentro el diablo.
- DUQUESA. No necesita la dueña  
del rezo para espantarlo.
- VIRTUDES. ¿Con que estais de buen humor?
- DUQUESA. ¿Por qué lo dice?
- VIRTUDES. Está claro;  
pues conmigo os divertís,  
y me alegro haber llegado...
- DUQUESA. Acabe doña Virtudes:  
¿viene á revelarme algo?
- VIRTUDES. A tener vuestro permiso  
hubiéraos dicho...
- DUQUESA. ¿Qué...? vamos.
- VIRTUDES. Bien sé que voy á esponerme  
á vuestro enojo, y por tanto  
bueno será que os advierta  
que en ello no entro ni salgo...
- DUQUESA. ¡Doña Virtudes!
- VIRTUDES. Señora,  
los hombres son muy osados...  
y la pobre muger, es...
- DUQUESA. Mas... ¿de quién estais hablando?
- VIRTUDES. Hablo del huésped...
- DUQUESA. ¿Del huésped...!
- VIRTUDES. De ese jóven tan gallardo...
- DUQUESA. Si, sí; ya sé... y ¿qué os ha dicho?
- VIRTUDES. (¡Hola, hola...! mucho me engaño  
si no le agrada la nueva...)  
Me há dicho que anhela hablaros...
- DUQUESA. ¡Hablarme...!

VIRTUDES.

Pues: ¿no os lo dije?

hay hombres tan mentecatos  
que no saben lo que quieren  
cuando estan enamorados...

DUQUESA.

¿Enamorado decís?

VIRTUDES.

¿Verdad que está delirando?

asi se lo advertí yo,  
porque conozco el recato  
de vuestra noble persona...  
mas... señora, instóme tanto,  
dijo que si me negaba  
á desempeñar su encargo  
iba á rasgar el vendaje.

DUQUESA.

¡Ah...!

VIRTUDES.

Y á tomar su caballo  
y á alejarse para siempre  
de quien con traidora mano  
le ha dado vida y salud  
y el corazon le ha robado.  
Mas... estas son demasías  
de sus juveniles años...  
Dejadme á mí, ya vereis  
cómo le digo muy claro  
que nos deje en hora buena,  
y que una vez que ha curado  
de sus heridas, se cure  
de su amor en campo raso.

DUQUESA.

¡Eh...! ¡callad ya, bachillera!

¿no veis que si le dejamos  
salir, su muerte es segura,  
y que es muy grande pecado,  
sabiendo nosotras esto,  
que no le demos amparo?

VIRTUDES.

¡Teneis razon...! ¡Dios nos libre  
de que en el quinto incurramos!

DUQUESA.

Ademas que esa pasion...

Estaría delirando  
cuando os dijó...

VIRTUDES.

Sí, tal vez...

y... ya se le habrá pasado...

DUQUESA.

¿Eso os parece?

VIRTUDES.

Es muy jóven,

y asaz ligero de cascos...  
 DUQUESA. ¡Os engañais!  
 VIRTUDES. Puede ser ,  
 y... pésame del engaño.  
 DUQUESA. Déjame ya.  
 VIRTUDES. Y ¿qué le digo?  
 DUQUESA. Nada, nada.  
 VIRTUDES. (¡Bien estamos!  
 haréle entrar, porque aqui  
 todo es fuerza adivinarlo.)

### ESCENA IV.

LA DUQUESA.

¿Adónde vas, pensamiento...!  
 Deten tu vuelo invisible,  
 que vas tras de un imposible  
 sobre las alas del viento.  
 Si sabes ¡triste de mí!  
 el hondo afan que me inquieta,  
 que estoy á un voto sujeta...  
 ¿por qué me tientas así?  
 No con voces seductoras  
 alimentes mi esperanza:  
 me dices que el tiempo avanza ;  
 que dentro de breves horas  
 el plazo se cumplirá,  
 y sin Lope acaba el año...  
 mas, si ha de ser en mi daño ,  
 ¡oh...! no lo dudes... vendrá.  
 Por eso no he de volver  
 á oír la voz de Ramiro,  
 que una palabra, un suspiro...  
 (*Viendo entrar á don Ramiro.*)  
 (¡Cielos...! ya no puede ser.)

### ESCENA V.

LA DUQUESA. DON RAMIRO.

RAMIRO. Tal vez sin vuestra licencia



oso llegar hasta vos ;  
 pero yo os ruego por Dios  
 que escuseis mi impertinencia.  
 Pese á tanta lobreguez,  
 quien logró veros un dia  
 no estrañeis, señora mia,  
 que veros quiera otra vez.  
 Y que bajéis no es razon,  
 al oirme, vuestros ojos...,  
 ni que pagueis con enojos  
 palabras del corazon.  
 Vivir bajo un mismo techo...  
 ó yo, señora, deliro,  
 ó no es posible...

- DUQUESA. Ramiro,  
 pronto habeis dejado el lecho,  
 y mirad que aun vuestra herida  
 la vida os puede costar.
- RAMIRO. Si el lecho me la ha de dar  
 prefiero no tener vida.
- DUQUESA. ¿Luego la vida ya os pesa?
- RAMIRO. Me habrá de pesar, señora,  
 si vivo aqui mas de un hora  
 y no os dejais ver, duquesa.
- DUQUESA. ¿Tanto mi vista, señor,  
 os importa? ¿Cómo asi?
- RAMIRO. Porque es ella para mí  
 aqui el bálsamo mejor.
- DUQUESA. ¿Mezclais con la cortesía  
 palabras de enamorado?
- RAMIRO. Palabras son que ha dictado  
 el amor, señora mia.
- DUQUESA. ¿Con que es decir que me amais?
- RAMIRO. Sí señora; y... ¿cómo no...
- DUQUESA. ¿Ignorando quién soy yo?
- RAMIRO. Tambien quién soy yo ignorais.
- DUQUESA. Yo no lo puedo ignorar...  
 Antes de venir aqui  
 ¿no oisteis hablar de mí?
- RAMIRO. Sí señora, á no dudar.
- DUQUESA. ¿Y bien?
- RAMIRO. Y bien, ¿qué quereis?

¿ juzgais que he de hacer aprecio,  
de habilllas del vulgo necio?  
nunca de mí lo esperéis.  
Sí, escitaron mi interes;  
y aun, sin los que me han herido,  
hubiera siempre venido  
á arrojarme á vuestros pies.

DUQUESA. ¿ Solo por curiosidad ?

RAMIRO. Sí, duquesa, es lo confieso,  
al principio fué por eso.

DUQUESA. Sois ingenuo.

RAMIRO. Y perdonad  
que despues no haya creido  
en vuestra magia supuesta:  
teneis magia; pero esta  
solo yo la he conocido.

DUQUESA: En graves contradicciones  
hoy, don Ramiro, incurris:  
¿ qué magia es la que decís?

RAMIRO. La de obligar corazones.

DUQUESA. Magia es esa muy vulgar  
si se emplea; vive Dios!  
en jóvenes como vos  
siempre dispuestos á amar.

Que inventan con gran fortuna  
muchas palabras melosas  
para amar todas las cosas  
y no querer á ninguna.

RAMIRO. Mucho sabeis,; vive Cristo!  
mas, teneis poca indulgencia.

DUQUESA. Es que me sobra experiencia,  
ya veis el color que visto.

RAMIRO. De ese color nada infiero;  
tambien yo le llevo ahora...  
¿ no hais reparado, señora,  
la pluma de mi sombrero?

DUQUESA. De luto estamos los dos,  
mas... diferimos un punto;  
yo, por mi esposo difunto,  
y por vuestra honra, vos.

RAMIRO. ¿ Duquesa!

DUQUESA. ¿ Quereis que calle?

- RAMIRO. No: ¿quién os pudo informar?  
 DUQUESA. De mí ¿no oísteis hablar?  
 Soy la maga de este valle...
- RAMIRO. Habláisme con tal doblez...  
 ¿Será que estais informada  
 de alguna voz escapada  
 en mi delirio tal vez?  
 DUQUESA. ¡Ramiro!
- RAMIRO. Señora, ¿es cierto?  
 DUQUESA. Ahora estais delirando;  
 nadie revela soñando  
 lo que no sabe despierto.
- RAMIRO. ¿Qué decís...! ¿que no sé yo...  
 DUQUESA. Llorais vuestra honra muerta,  
 mas, vuestra mente no acierta  
 á saber quién la mató.
- RAMIRO. ¿Sabeis quién es Rosalía?  
 DUQUESA. Vuestra hermana.
- RAMIRO. ¿No...! lo fué...  
 ¿Dónde se oculta...?  
 DUQUESA. No sé;  
 ya la vereis algun día.
- RAMIRO. ¿Y al seductor conoceis...?  
 DUQUESA. Sí...
- RAMIRO. ¿Adónde está ese traidor?  
 Decídmelo por favor...  
 DUQUESA. Algun día lo sabreis...
- RAMIRO. Señora, ya es por demas  
 ese misterio profundo.  
 Ese hombre ¿no está en el mundo?  
 En él lo hallaré...  
 DUQUESA. Jamas.
- RAMIRO. ¿Jamás habeis dicho?  
 DUQUESA. Sí...
- RAMIRO. ¿Y quedará impune...?  
 DUQUESA. No.
- RAMIRO. ¿Sereis maga...!  
 DUQUESA. Qué sé yo.
- RAMIRO. ¿Dónde he de vengarme?  
 DUQUESA. Aquí.
- RAMIRO. Mi venganza aqui he de ver...  
 Y ¿no me direis, señora...?

- DUQUESA. Debo ocultaros ahora lo que no podeis saber.
- RAMIRO. ¿Quién sois vos, y qué intentais ?  
¿ por qué teneis tan sujetos á la vez tantos secretos y asi con ellos jugais ?
- DUQUESA. Miráisme con prevencion...  
¿ tal vez pavor os inspiro ?
- RAMIRO. Señora, confuso os miro con algo de admiracion.
- DUQUESA. Es decir que ya os merezco el título de hechicera... Engañaros no quisiera, pues no soy lo que parezco.
- RAMIRO. Sé que no teneis igual... ; porque en vos notarse puede alguna cosa que escede, señora, á lo natural. Mas, quien quiera ; vive Dios ! que seais, yo me someto á vivir aqui sujeto mientras lo ordenareis vos. Aqui venganza tendré, aqui ilustraré mi fama, aqui hasta el amor me llama... pues bien, de aqui no saldré.
- DUQUESA. ¿ Que el amor os llama aqui decís... ?
- RAMIRO. Sí.
- DUQUESA. ¿ Quién lo creyera !  
¿ el amor de una hechicera !  
¿ Estais en vos ?
- RAMIRO. Mucho, sí.
- DUQUESA. Cuidad que vuestro reposo no altere la hechicería...
- RAMIRO. Siempre fuí, señora mia, dado á lo maravilloso, y por eso aqui he de amar...
- DUQUESA. ¿ Y si un obstáculo hubiera que amar aqui os impidiera... ?
- RAMIRO. Yo lo sabré derribar si me ofreceis proteccion.

DUQUESA. Y ¿sereis tan esforzado...

RAMIRO. Nunca el pavor ha asaltado,  
señora, á mi corazon.

DUQUESA. Pues bien, tomad y leed.

*(Le da el pliego que está sobre la mesa.)*

A solas os dejo ahora;  
trascurrida media hora  
á mi presencia volved.

## ESCENA VI.

DON RAMIRO.

¿Qué será! ¿qué habrá encerrado  
en este mágico pliego,  
que destierre las tinieblas  
de tan confuso misterio?

Si de mi ofendido honor  
me dejaran los recuerdos  
que eternamente me siguen  
y acibaran mi contento,  
por Dios, que en esta ocasion  
holgárame y con extremo,  
porque todo aquí es extraño  
y portentoso y siniestro.

¿Por dónde pudo saber  
encerrada en este yermo  
las ofensas de mi honor  
mejor que yo...? ¿Será cierto...  
será una verdad el mágico  
poder de los sortilegios?

¿Eh...! yo deliro; imposible;  
no hay mas poder que el del cielo.  
Mas... díjeme amores, y ella  
de obstáculos me habló luego...

Rompamos este papel  
y veamos lo que hay dentro.

“Hallándome próximo á pagar el natural y comun tributo á la tierra, yo el duque, señor de este valle y de otros heredamientos, ordeno y mando por este mi cobdícilo como postrera voluntad lo siguiente: No habiéndome concedido el cielo sucesion, y deseando que los dilatados bienes que



poseo, tanto de mayorazgo como fuera de él, continúe disfrutándolos la duquesa mi esposa y señora, sin perjudicar en su derecho á mi familia, es mi voluntad: que trascurrido puntualmente un año desde el otorgamiento de este cobdícilo admita la dicha duquesa por esposo á don Lope de Silva, mi primo é inmediato sucesor.”

(Representa.)

¿Don Lope de Silva, dice?

¿No es este aquel caballero escándalo de la corte

por sus locos devaneos?

¡Ah, duquesa sin ventura!

bien tus palabras comprendo,  
que tienes el corazón

á un voto horrible sujeto.

Veamos si en lo que resta

nuevas desdichas encuentro.

“Durante el año fijado ha de llevarse luto en mi castillo, y si al cumplimiento del plazo, don Lope no pareciese ó hiciese formal renuncia á la mano de la duquesa, quedará esta en posesion de todos mis bienes libres para que use de ellos y de su mano segun cumpla mejor á su voluntad. En mi castillo de Lanjaron á las siete de la noche del 25 de Enero de 1597. El duque don Pedro de Silva.”

(Representa.)

A las siete de la noche  
del veinte y cinco de Enero...  
pues hoy el plazo se cumple...

(Mirando al reló.)

Sí, faltan pocos momentos,

y don Lope no ha venido...

ni puede venir... recuerdo

que há un año partió á las Indias

en pós de escándalos nuevos,

y el aviso de este lance

le habrá alcanzado muy lejos.

¡Oh ventura...! mas... ¿por qué

al alborozo me entrego?

¿Querrá admitir la duquesa

mis amorosos obsequios...

ó bien los creerá nacidos



del vil interes ? ; qué empeño!  
 Trascurrida media hora  
 me ha citado en su aposento...  
 y es cuando el plazo se cumple...  
 ¿qué dudo...? á sus plantas vuelo,  
 que mi amor y mi venganza  
 en ella cifro...

*(Óyese á lo lejos el sonido de una corneta.)*

¿ Qué es esto ?

¿ A las puertas del castillo  
 gente estraña... ? ; qué recelo... !

*(Se asoma á la ventana.)*

¿ Qué multitud ! á favor  
 de los hachones de viento  
 que rompen de las tinieblas  
 el espesísimo velo,  
 distingo entre los villanos  
 á un apuesto caballero...

¿ Él es... ! ; es don Lope ! ; Viene  
 por arte de encantamiento ?

¿ Se habrá cumplido ya el plazo ?

¿ Vana esperanza ! ; qué lento  
 ; ay Dios ! por fortuna suya  
 discurre esta noche el tiempo !  
 Pues bien ; veré á la duquesa ,  
 le hablaré de este himeneo ,  
 y si lo repugna , entonces  
 lo estorbaré con mi acero.

## ESCENA VII.

*DON RAMIRO. SUSPIRO.*

USPIRO.

¿ Eh ! ; sois vos...

RAMIRO.

*(Sin mirarle y saliendo de la escena.)*

¿ El demonio !!

USPIRO.

¿ Uf !!!

El demonio... ; buen encuentro !

ó yo tengo cataratas

ó por aqui voy perdido...

¿ Cuánto va que me he metido  
 en el infierno de patas ?

Y ¿que yo á don Lope aguante,  
 que anda siempre en malos pasos?  
 y es el mal, que en estos casos  
 me encaja á mí por delante.  
 Mas... nadie viene... ¡Hola! ¡chicos!  
 ¿ á quién le podré anunciar...  
 pero... ¿y si me vuelvo á dar  
 con el demonio de hocicos?  
 Si ha sido mucha osadía...  
 bien hubo quien lo dijera,  
 entrar en la madriguera  
 de toda la hechicería.

(Sale doña Virtudes y se adelanta sin ser vista de Suspiro, y se coloca á su lado.)

### ESCENA VIII.

DOÑA VIRTUDES. SUSPIRO.

- SUSPIRO. Digo, si al primer encuentro  
 me sale como una bala  
 el demonio en la antesala...  
 ¿ eh...? ¿qué habrá por allá dentro?  
 Aquello será un belen...  
 y habrá demonios mayores,  
 y duendes, saludadores...  
 (Doña Virtudes estornuda.)  
 Jesus... ¡ah...! ¡y brujas tambien!  
 Vaya, hermana, estése quieta  
 y trátame en buena ley,  
 ó le muestro el *Agnus Dei*...  
 y le hago tomar soleta.
- VIRTUDES. Mancebo... ¿ por qué te agitas?  
 (Adelantándose hácia él.)  
 Si yo... tu afan no penetro...
- SUSPIRO. ¡Tate...! hermana, vade retro;  
 no empecemos con bromitas.
- VIRTUDES. Pero ¿ por qué te desvelas?  
 aqui estás seguro.
- SUSPIRO. ¡Pues!
- VIRTUDES. ¡Qué mozo! ¡qué lindo... y es  
 rubio como unas candelas.

- SUSPIRO. El mismo diablo la empuja...  
 ¡Cata la cruz...!
- VIRTUDES. ¡La cruz! ¡Oh...!  
 villano, pues ¿quién soy yo?
- SUSPIRO. Quién ha de ser, una bruja.
- VIRTUDES. ¡Yo...! ¿qué te lo da á entender?
- SUSPIRO. El que con los pies escarbas,  
 que tienes uñas y barbas,  
 y eres de mal parecer.
- VIRTUDES. ¡Infame!... verás en tí  
 cómo mis uñas se ceban...
- SUSPIRO. ¡Ay! ¡Don Lope...! ¡que me llevan...!  
 ¡Don Lope!!!

### ESCENA IX.

*DON LOPE. DOÑA VIRTUDES. SUSPIRO.*

- LOPE. ¿Qué pasa aquí?
- SUSPIRO. Gracias á Dios que te miro...
- LOPE. Maldito, ¿por qué voceas?  
*(Reparando en doña Virtudes.)*  
 ¡Ah...! ya, ya... ¿qué mal te empleas!  
 deja á ese monstruo, Suspiro.
- VIRTUDES. ¡Qué! ¡yo monstruo!
- LOPE. Y de los buenos.  
 ¡Qué vetusta!
- VIRTUDES. ¡Bien estamos...
- LOPE. Buena dueña, no riñamos  
 por un siglo mas ó menos.
- SUSPIRO. Señor, que la descoyuntas...
- VIRTUDES. Bien; burlaos de la muger,  
 algun dia puede ser  
 que las pagueis todas juntas.
- SUSPIRO. ¡Qué amenaza! por la cruz,  
 que si la irritas asi  
 vamos á salir de aqui  
 como taco de arcabuz.
- LOPE. Ya me cansa, harto la honré;  
 y sepa que... ¡voto á Judas!  
 jamas con dueñas barbudas  
 tantas palabras gasté.

Vamos, salid á anunciar  
mi llegada, que interesa;  
y decidle á la duquesa  
que no me gusta esperar.

VIRTUDES.

Genio vivo.

LOPE.

Sí, por Dios.

VIRTUDES.

Pues mirad que...

LOPE.

Bien, ya basta.

VIRTUDES.

Todo en el mundo se gasta.

LOPE.

Mas, no tanto como vos.

VIRTUDES.

Mentís vos, que hombres mas fieros  
dentro de estos muros vi.

LOPE.

¿Y qué?

VIRTUDES.

Salieron de aqui  
humildes como corderos.

*(Vase y cierra la puerta del fondo sin que lo noten.)*

## ESCENA X.

*DON LOPE. SUSPIRO.*

SUSPIRO.

Señor, acorta donaires  
y el castillo, por Dios, deja,  
porque mira que esta vieja  
nos va á estrellar en los aires.

LOPE.

Muy grande importancia das  
á lo que llegaste á ver.

SUSPIRO.

Una dueña ¿qué ha de hacer?  
¿Qué dueña? ¿si es mucho mas!  
Por ventura ¿has olvidado  
con tu nupcial ceremonia  
lo que de esta Babilonia  
las gentes nos han contado?

LOPE.

Cuentos.

SUSPIRO.

De mi testimonio  
¿has de dudar, vive Cristo?  
¿No sabes á quién he visto?

LOPE.

¿A quién?

SUSPIRO.

¿A quién...? ¿al demonio!!!

LOPE.

¿Dónde?

SUSPIRO.

Aqui.

LOPE.

¿Cuándo?

SUSPIRO.

Al entrar.

LOPE.

Dichoso tú que has hallado  
lo que yo tanto he buscado  
y nunca pude encontrar.

SUSPIRO.

¡Jesus! ¿con esas te vienes?  
¿buscaste al diablo?

LOPE.

Sí á fé.

SUSPIRO.

Pues no le busques.

LOPE.

¿Por qué?

SUSPIRO.

Porque en el cuerpo le tienes.

LOPE.

Suspiro, de ello me alegro.

SUSPIRO.

¡Válgame la letanía...

LOPE.

Dime, ¿qué señas tenia  
ese que viste?

SUSPIRO.

Muy negro:

los ojos como tizones,  
alto, seco, vista fiera,  
muy siniestro, y por contera  
buena racion de pitones.

LOPE.

¡Ja...! ¡ja...! ¿y te pudo asustar...

SUSPIRO.

¡Qué! ¿te burlas de lo que hablo?

LOPE.

Me río, por que ese diablo  
es un diablo muy vulgar.

SUSPIRO.

Envidio tu corazon...

pero, señor, anda listo...

LOPE.

Hombre... ¡qué...! si eso lo has visto  
allá en tu imaginacion.

SUSPIRO.

¡Aquí de Dios! ¿tú tendrás,  
Don Lope, por imposible  
que en esta mansion horrible  
hallemos á Satanás?

¿No te han dicho que con él,  
bien lo sabes, que es exacto,  
la duquesa tiene pacto,  
pacto firmado con hiel?

¿Y que estando moribundo  
sorbíó á su primer marido...

dime, si aquel fué sorbido

¿no sorberán al segundo?

¡Ay, don Lope...! huyamos, ven:

temblando de miedo estoy;

si tú te vienes, me voy,

- y si te quedas, tambien.
- LOPE.            ; Eh! desecha esos temores...
- SUSPIRO.       Eso, ¡y que á los dos nos traguen!  
                   ; Es bueno, señor, que paguen  
                   justos, aqui, y pecadores?
- LOPE.            Pues ; quién es el justo aqui?
- SULPIRO.       ; Yo...! que nunca... ; Ave María!  
                   delitos de tropelia  
                   á sabiendas cometí.
- LOPE.            Si no fueras tan villano  
                   no abrigaras tanto miedo.
- SUSPIRO.       Don Lope, estar mas no puedo,  
                   Dios te tenga de su mano.  
                   ; Te quedas? paga el escote  
                   que debes al enemigo;  
                   verás cómo hacen contigo  
                   en dos por tres un jigote.  
                   *(Se dirige á la puerta del fondo.)*  
                   Pero... ¡cielos! ¡qué crueldad!  
                   la puerta nos han cerrado...
- LOPE.            ; Qué?
- SUSPIRO.       ; Que nos han enjaulado...!
- LOPE.            *(Se dirige al fondo.)*  
                   ; Silencio...! ; pues es verdad!
- (Sale la duquesa por la hendidura de la izquierda y se sienta en el sillón mientras don Lope y Suspiro examinan la puerta.)*

## ESCENA XI.

LA DUQUESA. DON LOPE. SUSPIRO.

- SUSPIRO.       Verás cómo nos derrengan,  
                   y á oscuras porque no suene.
- LOPE.            ; Voto al diablo! y nadie viene.
- SUSPIRO.       Mejor será que no vengan.
- LOPE.            Que la duquesa permita...  
                   ya su tardanza me pesa...
- DUQUESA.       Aqui está ya la duquesa.
- LOPE.            ; Cielos! ¡qué voz...
- SUSPIRO.       *(Con muestras de terror y acercándose á  
                   la hendidura de la derecha.)*  
                   ; Santa Rita...!!



de imposibles abogada...  
 líbranos de esta muger,  
 que es el mismo Lucifer,  
 el gefe de la bandada.

LOPE. Señora, os miro asombrado...

DUQUESA. Don Lope, eso es natural.

SUSPIRO. ¡Qué cara tan infernal!

DUQUESA. Haced salir al criado.

SUSPIRO. ¿Salir...? sí, señora, sí;

pues apenas lo deseo...

mas... la salida no veo...

¿por dónde me...

*(Por la hendidura de la derecha se ve salir un brazo que ase á Suspiro y le hace entrar por aquella instantáneamente.)*

VOZ DENTRO.

Por aqui.

SUSPIRO. ¡Ay! ¡ay...!

## ESCENA XII.

LA DUQUESA. DON LOPE.

LOPE. *(Volviéndose hácia donde estaba Suspiro, dice asombrado.)*

¿Por dónde salió!

DUQUESA. ¿Temblais?

LOPE. ¿Temblar...? no señora,

y á fé que el encanto ahora

de vuestra magia faltó.

Cuentan de vos en la sierra

varios lances misteriosos...

mas, son muy supersticiosos

los villanos de esta tierra.

Valor no les dí jamas,

y en ello, duquesa, insisto,

á pesar de que ya he visto...

DUQUESA. Pues aun teneis que ver mas.

LOPE. Bien, señora, bien por Dios;

con maga de tal donaire,

contento iré por el aire

ó por donde os plazca á vos.

DUQUESA. ¿Vuestro arrojo y vuestra fé

- vais á ponderarme ahora ?  
 LOPE. Vengo á casarme, señora ;  
 mirad vos si ambos tendré.
- DUQUESA. Don Lope, ¿ no me direis  
 dónde un año habeis estado ?  
 ¿ cómo es que habeis retrasado  
 lo que tanto apeteceis ?  
 Llegar con tal diligencia...  
 y el plazo casi cumplido...  
 paréceme que hais venido  
 á casaros con la herencia.
- LOPE. ( ¡ Y es verdad... ! ; no hay mas que ver !  
 al mismo diablo me doy...  
 ó yo no sé dónde estoy,  
 ó esta muger no es muger.)
- DUQUESA. ¿ Con que he venido á acertar ?
- LOPE. ( ¡ Será bruja... ? sin remedio...  
 ¡ Qué... ! nada , partir por medio  
 y echarlo todo á rodar.)  
 Vuestra claridad me veda  
 hoy con doblez contestaros ;  
 sois muy franca , y á pagaros  
 voy en la misma moneda.  
 ¿ Dónde he estado , con enojo  
 me preguntais ? por el mundo  
 haciendo del vagabundo  
 la vida segun mi antojo.  
 Ya que opulento nací,  
 quise con mi buen caudal  
 saber del bien y del mal  
 antes de encerrarme aqui.  
 Y el mundo corrí gozoso  
 por poderos merecer,  
 que vos no debeis tener  
 un novicio por esposo.  
 Este ha sido el embarazo  
 que antes llegar me ha impedido,  
 mas... no hice poco , he venido  
 al cumplimiento del plazo.  
 Díome sus alas... amor ,  
 y vengo con ansiedad  
 á cumplir la voluntad

postrera del testador.  
 Mi historia es esta, señora,  
 ni la rebajo, ni abulto...  
 porque sé que no hay oculto  
 nada ante una encantadora.

DUQUESA. ¿Y del encanto os mofais?  
 Mirad que os conozco.

LOPE. ¿Sí?

Y ¿sabeis mucho de mí?  
 Mas de lo que vos pensais.  
 Conozco vuestras locuras  
 desde esta mansion dichosa,  
 vuestra vida licenciosa  
 y amorosas aventuras.  
 Decís que en alas de amor  
 venís, y me habeis mentido:  
 decid mejor que hais venido  
 en alas del testador.

DUQUESA. Pero... si mal no entendí,  
 aqui el destino os envia  
 para que purgueis un dia  
 tanto desorden...

LOPE. ¿Aqui?

(¿Está loca esta muger?  
 ó de bruja disfrazada...  
 y vaya si está empeñada  
 en hacérmelo creer...  
 Quiero su ciencia probar...)  
 Ignoro vuestros deseos;  
 mas, de locos devaneos,  
 señora, es facil hablar.

Decid, si no os importuno,  
 ya que todo lo sabeis  
 y mis lances conoceis...

¿pudiérais nombrarme alguno?  
 Nada hay que á mi pensamiento  
 el mundo pueda encubrir...  
 Don Lope, ¿quereis oir  
 la aventura del convento?

DUQUESA.

¡Qué...!

LOPE.

DUQUESA.

Y si dudais todavía  
 y mi ciencia no os asombra...

¿quereis que os muestre la sombra  
de la infeliz Rosalía?

LOPE.

(*Turbado.*)

No... no... ya basta, señora...

DUQUESA.

(*Bravamente lo fingí.*)

LOPE.

(*Por Dios que el tino perdí...*)

Me voy convenciendo... ahora...

Y es... muy bueno... que se esten  
quietas las sombras... y no...

Con que... ¿murió... eh...?

DUQUESA.

Murió.

LOPE.

(*¡Pobre muchacha...! hizo bien.*)

DUQUESA.

Murió para el mundo, es cierto.

LOPE.

Sí, sí, estaba algo enfermiza...

DUQUESA.

No revolvais su ceniza,

porque aun para vos no ha muerto.

LOPE.

¿Cómo...!! tocais tales puntos...

¿Qué pretendéis vos de mí?

¿pensais que he venido aquí  
á casarme con difuntos?

DUQUESA.

No es, don Lope, ese mi objeto;

vuestra agitacion calmad,

que... tambien la voluntad

de los difuntos respeto.

Y una vez que lo anhelais

y mi enlace os acomoda,

pronto se hará nuestra boda...

si antes vos no renunciáis.

LOPE.

Señora... por ahora, no;

á confesarlo me atrevo,

que yo ni temo ni debo;

despues... despues... qué sé yo.

Y pensando bien ahora

si yo me caso con vos,

vengo á casarme con dos,

duquesa y encantadora.

Y en estas cuentas, jamas

en cantidades reparo:

entre el mas y el menos... claro,

escojo, señora, el mas.

DUQUESA.

Bien, don Lope; ya debemos

terminar esta cuestion:

preparad el corazon,  
que os importa, y... nos veremos.

*(Saluda la duquesa y se dirige á la puerta del fondo.)*

LOPE. ¡Yo...! ¡y os vais por alli?

DUQUESA. Pues.

LOPE. Si está cerrada la puerta.

DUQUESA. A mi voz veréisla abierta,  
pero... se cierra despues.  
¡Paso! *(Ábrese la puerta.)*

LOPE. *(Aturdido.)*

Se abrió... ¡Dios Eterno!

DUQUESA. *(Desde la puerta con acento fatidico.)*

Os cito de aqui á dos dias,  
en las mansiones humbrias.

LOPE. ¡Dónde! ¡dónde...!

DUQUESA. *(En el infierno.)*

*(Va don Lope hácia la duquesa, que estará colocada en el dintel de la puerta; pero le detiene la repentina luz de un relámpago que ilumina la parte exterior de la puerta, que deberá estar completamente á oscuras, y dibuja el contorno de la duquesa. Esta desaparece y la puerta se cierra de golpe.)*

### ESCENA XIII.

*DON LOPE. Después SUSPIRO.*

LOPE. Pero, decid... ¡oh...! ¡qué luz...!  
el cabello se me eriza...  
ya se largó... ¡A que me hechiza  
esta muger...? ¡por la cruz...  
que no es posible dudar  
de su espíritu endiablado...  
¡qué calor...! me ha mareado...

SUSPIRO. *(Dentro.)* ¡Eh...! ¡que me vais á estrellar!

LOPE. ¡No es Suspiro... ó yo estoy loco?

*(Reconoce el teatro, y en el momento en que da la espalda á la abertura de la derecha sale Suspiro violentamente por ella, quedando otra vez cerrada.)*

SUSPIRO. ¡Jesus...!

LOPE. ¡Suspiro!

SUSPIRO. ¡Ah...! te hallé.



LOPE.

¿De dónde vienes?

SUSPIRO.

No sé.

LOPE.

¿Por dónde sales?

SUSPIRO.

*(Mirando á todas partes.)*

Tampoco.

Solo sé, y esto nó es cuento,  
que caímos en las redes,  
que estas malditas paredes  
engullen que es un portento.

Y que al tragarse á un cristiano  
lo empujan á la otra banda,  
y al llegar, hay zurribanda  
y un lindo ¡pase de mano!

¡Ay de mí! no tengo gota  
de sangre, don Lope amigo;  
mas ¿qué extraño... si conmigo  
han jugado á la pelota?

LOPE.

¡Vive Dios! que es por demas...

¿es cierto cuanto pasó?

¿llegaré á casarme yo,  
aquí...

VOZ DENTRO.

Sí, te casarás. —

LOPE.

¡Qué voz...!

SUSPIRO.

*(Aterrado.)* Me desencuaderno...

*(Mientras estan mirando á la derecha sale don Ramiro por la abertura de la izquierda, envuelto en una larga capa con el rostro encubierto con un velillo negro ajustado que parezca color natural, y se adelanta por la espalda de ambos sin que lo noten hasta que el diálogo lo indique.)*

LOPE.

Bien; bruja, duende ó muger,  
¡sal aquí...! ¿cuándo ha de ser?  
dime dónde...

RAMIRO.

¡En el infierno!

LOPE.

¡Ah!

SUSPIRO.

¡Uf...!!!

*(Don Ramiro les vuelve la espalda mostrándoles el rostro siempre. Don Lope va á seguirle y Suspiro se abraza con él para detenerlo, y en esta momentánea lucha desaparece don Ramiro sin que lo adviertan por donde mismo salió.)*

SUSPIRO.

¡No...! ¡por San Antonio...!







## Acto segundo.

*Salon colgado de negro, de cuyo color deberán ser los muebles que contenga. En el fondo una puerta secreta de dos hojas: á la derecha la que da entrada á la habitacion y á la izquierda la de una alcoba. Próximamente á esta última una mesa cubierta con un paño negro. Sigue alumbrada la escena por la misma lámpara.*

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIRTUDES. REGOLLOS.

VIRTUDES. Arregle esos trastos bien,  
y para que lo haga pronto  
sepa que estoy encargada  
de dirigir este embrollo.

REGOLLOS. Y no dudo que será  
el resultado famoso  
si vos danzais en la gresca...

VIRTUDES. No murmure; no sea topo:  
mas le valiera quitar  
á los sillones el polvo  
y tener estos salones  
como Dios manda...

REGOLLOS. ¡Ya!

VIRTUDES. ¡Al oleo!

REGOLLOS. ¡Pues!

VIRTUDES. Es verdad.

REGOLLOS. ¡Vaya

- VIRTUDES. ¡ Venga!  
Si una aqui no lo hace todo  
¿ hay alguien que sirva de algo?
- REGOLLOS. ¡ Va...! sí, señora.
- VIRTUDES. De estorbo.  
REGOLLOS. Pero si á aqui nadie viene;  
si en el mayor abandono  
este cuerpo del castillo  
hace años...
- VIRTUDES. Señor Regollos,  
esa no es razon.
- REGOLLOS. Sí tal.
- VIRTUDES. Todo es casa.
- REGOLLOS. No me opongo;  
pero...
- VIRTUDES. ¡ Calle el Rodrigon!  
REGOLLOS. Pues no rabie el vejestorio.  
VIRTUDES. ¡ Cómo se entiende...! ¿ blasfema?  
REGOLLOS. Digo verdades de á folio.  
VIRTUDES. No me falseis al respeto.  
REGOLLOS. No me vengais con apodos.  
VIRTUDES. Yo soy el ama de llaves.  
REGOLLOS. Y yo el dueño del tesoro  
secreto de la señora,  
y con sus secretos corro.  
VIRTUDES. Y yo tambien.
- REGOLLOS. Es decir,  
que ambos corredores somos.
- VIRTUDES. ¡ No!
- REGOLLOS. Vaya, doña Virtudes,  
haya paz entre nosotros.
- VIRTUDES. Él la altera.
- REGOLLOS. ¿ Que hemos siempre  
de tratarnos con enojo  
como lobos y mastines?
- VIRTUDES. Él el mastin.
- REGOLLOS. Ella el lobo.
- VIRTUDES. ¿ A los insultos volveis?
- REGOLLOS. Como vos tornais, yo torno.
- VIRTUDES. Yo jamas os ofendí.
- REGOLLOS. Pues eso, ni yo tampoco.
- VIRTUDES. Pero me alzais siempre el gallo.

- REGOLLOS. Porque el vuestro no está ronco,  
y yo en el tono que me hablan  
en ese mismo respondo.
- VIRTUDES. Pero á una muger se debe...
- REGOLLOS. Pero á un hombre que no es mozo...
- VIRTUDES. ¿Qué? vamos.
- REGOLLOS. Y, vamos, ¿qué?
- VIRTUDES. Teneis un alma de chopo  
y sois muy necio...
- REGOLLOS. ¡Señora  
Virtudes!
- VIRTUDES. ¡ Señor Regollos!
- REGOLLOS. Ya que todo está arreglado,  
arreglémonos un poco  
si es posible, vos y yo,  
que no es bueno el alboroto...
- VIRTUDES. ¿Y quién sino vos lo causa?
- REGOLLOS. Si no es eso.
- VIRTUDES. ¿Pues qué es?
- REGOLLOS. Lo otro.
- VIRTUDES. Es que vos estais raviando  
porque os cuente... ¿me equivoco?
- VIRTUDES. Sí por cierto.
- REGOLLOS. Vaya, vaya...  
hablémonos sin rebozo:  
¿no quisiérais que os contara  
los encargos misteriosos  
que me ha dado la señora,  
y saber el cuando y como  
va á dar el golpe mortal?  
preciso, si yo os conozco;  
si de todos vuestros flacos  
este es el flaco mas flojo.
- VIRTUDES. Y ¿qué adelantais con eso?  
Si callais, del mismo modo  
yo no os diré lo que sé,  
y en paz.
- REGOLLOS. Pues á fuera el ocio:  
principie doña Virtudes.
- VIRTUDES. Comience el señor Regollos.
- REGOLLOS. Yo tengo mas que contar.
- VIRTUDES. Por eso será mas propio

que conteis primero vos  
para que acabeis mas pronto.

REGOLLOS. Eso es meterlo á barato;  
decid vos...

VIRTUDES. No.

REGOLLOS. Si es antojo,  
aunque no hallo la razon,  
voy á... pero ¡qué demonio!  
ya viene aqui la señora...  
¿Lo veis como era mas propio  
antes de contar lo mucho  
haber contado lo poco?

## ESCENA II.

LA DUQUESA. ROSALÍA. VIRTUDES. REGOLLOS.

DUQUESA. ¿Está ya todo arreglado?

REGOLLOS. Sí, señora.

DUQUESA. Idos afuera;  
dejadnos solas aqui  
y á mi voz estad alerta.

VIRTUDES. Asi lo haremos.

DUQUESA. (*A Regollos.*) Ninguno  
ha de penetrar en esta  
habitacion, sin que antes  
tu aviso me lo prevenga.

REGOLLOS. Bien, no entrará ni una mosca:  
Regollos está á la puerta...

DUQUESA. Sé tu lealtad, y no ignoras  
el galardón que te espera.

REGOLLOS. Sin eso sabeis...

DUQUESA. Sí, sí...  
salid, porque el tiempo apremia.  
(*Vanse Regollos y Virtudes.*)

## ESCENA III.

LA DUQUESA. ROSALÍA.

DUQUESA. Y bien, niña, ¿todavía  
en tu fuga perseveras?

:

¿Quieres vagar por el mundo  
 conducida por tus penas  
 y arrastrar una infeliz  
 desesperada existencia?  
 Mira que en él, la desgracia  
 muy pocas veces encuentra  
 una mano bienhechora  
 que la consuele y proteja.  
 Que en él hay pechos de marmol,  
 almas de egoismo llenas,  
 y ademas es muy fatal,  
 muy rigorosa tu estrella.

ROSALIA.

Señora... y ¿qué puedo hacer?  
 Vos conocéis cuán estrema  
 y cruel es mi desdicha:  
 de mis secretos sois dueña  
 y de mi vida tambien;  
 mas... ¡vivir aqui, me aterra!  
 Cruzando la España va  
 mi hermano en pós de mi huella  
 ardiendo en sed de venganza...  
 ¡porque es muy grande su afrenta!  
 Aqui el destino le trajo,  
 y aunque ignora que se alberga  
 debajo de un mismo techo  
 la que manchó su nobleza,  
 puede ese mismo destino  
 marcarle pronto la senda  
 para llegar hasta mí,  
 ¡y entonce... ¡ay Dios, si me encuentra...!  
 Sí, sí, la fuga... la fuga,  
 el abandono y verguenza...  
 el escarnio de las gentes,  
 prefiero, noble duquesa,  
 á recibir de mi hermano  
 una mirada severa.

DUQUESA.

¿Es decir, que ya juguete  
 del destino te contemplas,  
 y que mi poder no es nada  
 ante tu enemiga estrella?

ROSALIA.

¿Qué vale vuestro poder  
 contra mi fortuna adversa?



Decid mejor el deseo  
que vuestro seno alimenta...  
deseo que no contrasta  
lo que los cielos decretan.

DUQUESA.

Rosalía, observo que eres  
tan infeliz como incrédula;  
dudas de mí, y quiero darte  
de ese poder una prueba.

ROSALIA.

¡Qué decís!

DUQUESA.

¿Has olvidado  
que há poco te hice una oferta  
que dijiste era imposible  
que realizarse pudiera?

ROSALIA.

La incrédula Rosalía  
¿dió al olvido mi promesa?  
¡Ah! no lo estrañeis, señora;  
esta angustia que me aqueja  
me arrebató la memoria  
y confunde mis ideas.

DUQUESA.

De don Lope se trataba...

ROSALIA.

¡Cielo santo...!

DUQUESA.

¿Ya recuerdas?

ROSALIA.

Sí; ¿y bien...

DUQUESA.

Que partió á las Indias,  
que ayer millares de leguas  
de Lecrin le separaban...

ROSALIA.

Sí, sí... una distancia inmensa...

DUQUESA.

Pues hoy por fortuna tuya  
la distancia es muy pequeña.

ROSALIA.

¡Atónita me dejais...!

¿adónde está?

DUQUESA.

¿Lo creyeras?

al impulso de mi voz  
cruzó la mar turbulenta,  
y desde las ricas playas  
de la perezosa América  
vino al Valle de Lecrin  
y en mi castillo se hospeda.

ROSALIA.

¡Eso es verdad...!

DUQUESA.

Si lo dudas  
hoy te pondré en su presencia.

ROSALIA.

¡Ah...! dejadme respirar,

- porque me dais tales nuevas,  
 y es tal la emocion que siento...  
 que á perder voy la cabeza.
- DUQUESA. Serénate, desdichada;  
 contigo estoy, nada temas.
- ROSALIA. Perdonadme si dudé  
 de vuestra mágica ciencia,  
 que yo la tuve hasta ahora  
 por una vana quimera.  
 ;Bien haya la que el misterio  
 de los destinos penetra,  
 y en amparar la desgracia  
 solo ese poder emplea!  
 Desde hoy esclava seré...  
 dejad que á las plantas vuestras...
- (Va á inclinarse y la duquesa la recibe en los brazos.)*
- DUQUESA. No á las plantas, en los brazos  
 te recibe la hechicera.  
 No quiero tu adoracion,  
 solo anhelo tu obediencia.
- ROSALIA. Disponed á vuestro antojo,  
 señora, contad con ella.
- DUQUESA. Hoy has de hablar con Ramiro.
- ROSALIA. ;Ramiro!
- DUQUESA. No te estremezcas.
- ROSALIA. Pero mi muerte es segura...
- DUQUESA. ; Y la obediencia era esa?
- ROSALIA. Teneis razon; vedme ya  
 á el sacrificio dispuesta.
- DUQUESA. ; Al sacrificio... pardiez!  
 que no murmure tu lengua  
 ni fatigue tu razón  
 lo que comprender no pueda.  
 ; Eh! no hay tiempo que perder,  
 en esa cámara entra  
 y en ella verás un trage  
 que te vestirá mi dueña.  
 Con él aqui has de salir  
 cuando conveniente sea,  
 y aunque don Lope ó Ramiro  
 ante tus ojos se ofrezcan,  
 aunque presencias aqui

gratas ú horribles escenas ,  
y te pregunten quién eres  
y adónde tus pasos llevas...  
todo lo has de contemplar  
con estóica indiferencia,  
y contestar con donaire,  
alta la frente y serena.

ROSALIA.

¿Y podré resistir yo  
á tan formidable prueba?

DUQUESA.

¡Oh...! sí podrás, Rosalía,  
tendrás valor, cuando sepas  
que en ello tu porvenir  
y tus esperanzas juegas.

ROSALIA.

Sí, tal vez.

DUQUESA.

Pues bien ; no tardes,  
vete ya, que el tiempo vuela:  
A perder ó á ganar mucho,  
con que audacia y fortaleza.

ROSALIA:

Procuraré obedeceros  
hasta do alcancen mis fuerzas.

*(Se dirige Rosalía á la habitacion de la izquierda.)*

DUQUESA.

¡Hola!

VIRT. y REG. *(Saliendo.)* ¿Señora?

DUQUESA.

Llegad.

Ya sabeis, señora dueña,  
lo que os tengo encomendado.

VIRTUDES.

Y vos, señora duquesa,  
no ignorais mi buen deseo...

DUQUESA.

*(Señalando al cuarto donde entró Rosalía.)*

Bien, entrad, que ya os espera.

*(Vase doña Virtudes.)*

#### ESCENA IV.

LA DUQUESA. REGOLLOS.

DUQUESA.

Acércate mas, Regollos.

¿Está la trampa dispuesta?

REGOLLOS.

Sí, señora, y deseando  
entrampar.

DUQUESA.

Oye; por ella  
á don Lope y á Suspiro



y sombras y esqueletos... y en mi oído también, en el silencio más profundo, sonó el hondo gemido que lanza en su agonía el moribundo. Mas por todo arrostrar supo el empeño que otra vez me conduce á vuestro lado: perdonad si imprudente con mi ceño...

DUQUESA.

Es decir... que venís algo asustado.

RAMIRO.

¡Asustado, señora! ya os he dicho que el pavor no conozco, ni me inquietan esas fantasmas que abortó el capricho y que el capricho y vuestra voz respetan. Ni sus roncós ahullidos me alucinan ni aterran sus figuras descarnadas; que á hombres como yo, jamás fascinan visiones, vive Dios, asalariadas.

DUQUESA.

Guardaos, Ramiro, de escitar su enojo; no insulteis á mis sombras temerario, que pueden á su antojo cobrar de vos lo que llamais salario. Dejadlas, y tened más confianza: no irrite vuestro arrojó á esas mentiras... que mi poder no alcanza á defenderos de sus locas iras.

RAMIRO.

Pardiez, que me estais dando tentaciones de una vez acabar con esa plaga, y sombras y visiones arrollar con la punta de mi daga. A no haberos tenido en la memoria cuando hoy las vi danzar en torno mio, os juro por mi gloria que con todas emprende allí mi brio. Pero una vez que su poder es tanto, probar ese poder otra vez quiero: vereis pronto á los hijos del espanto, espantados huir ante mi acero.

DUQUESA.

¡Insensato, insensato!  
 ¡adónde os va á llevar el inútil arrojó de vuestra ceguedad?  
 ¡Pensais que esos espíritus que habeis visto cruzar,

que esas apariciones  
de torva, horrible faz,  
tienen una existencia  
transitoria, mortal...?  
¡Oh jóven! vuestra daga  
vencerlas no podrá.  
Ni encontrareis las formas  
del cuerpo material...  
y al ir á herirlas ciego  
con vos se abrazarán.  
¡Duquesa!

RAMIRO.

DUQUESA.

Sí, Ramiro,  
os digo la verdad.  
Dejad á esas fantasmas  
y no altereis su paz,  
temed su ardiente cólera,  
que al fin puede el volcan  
de sus iras frenéticas  
de pronto reventar...  
y en fuego, en humo, en polvo  
convertiros quizás,  
y hasta esos dobles muros  
por tierra derribar.

RAMIRO.

Absorto al escucharos,  
señora, me dejais:  
¿ posible es que aqui puedan  
esos genios morar...,  
que ejerzan un imperio  
tan sobrenatural?

DUQUESA.

RAMIRO.

¿ No es todo una quimera?  
¡ Ramiro...! es la verdad.  
Pues ¿ cómo en el castillo  
á mí me haceis pasar  
por un ser misterioso,  
á esos otros igual?  
Y ¿ cómo en mi semblante  
poneis un antifaz  
y haceis que con él finja  
la voz y el ademan,  
y que diga palabras  
que no entendí jamas?

DUQUESA.

Importa por ahora



que no las entendais.  
 Dejad esos arcanos,  
 que tiempo llegará  
 en que ante vuestros ojos  
 la luz de la verdad  
 aclare los misterios  
 que tanta cuita os dan.

En tanto haced, Ramiro,  
 buen uso del disfraz  
 siguiendo mis consejos...  
 y nunca os pesará.

RAMIRO.

Yo no puedo, señora,  
 mis timbres amenguar  
 mintiendo sin medida  
 y escondiendo la faz.  
 No, no; tales consejos  
 á algun villano dad,  
 que en todó éste embolismo  
 humilde os servirá.

Mas no al que ha sido siempre  
 honrado y muy leal,  
 y nunca en sus palabras  
 mezcló la falsedad.

DUQUESA.

¡Ramiro!

RAMIRO.

Qué quereis;  
 de todo ello á pesar,  
 y aunque entender no puedo  
 lo que hay de sustancial...  
 paréceme una farsa,  
 duquesa, vuestro plan,  
 y yo en farsas, señora,  
 jamas quise dänzar.

DUQUESA.

Por cierto que me cansa  
 vuestra incredulidad,  
 y estoy por castigaros  
 de aqui haciéndoos marchar...  
 pese á vuestra venganza,  
 caballero leal.

RAMIRO.

¡A mi venganza! ¿y cuándo  
 aqui se logrará?  
 Si al menos ver pudiera  
 á aquel que osó empañar

de mi honra esclarecida  
el límpido cristal...  
ó á la que abandonada  
llegó impura á olvidar  
mi fama y mis blasones,  
entonces yo...

DUQUESA.

Callad,

que sois muy exigente,  
altivo y lenguaraz.  
¿Tambien de la venganza  
segun eso dudais?  
¿Teneis valor, Ramiro?  
¿Pues no...?

RAMIRO.

DUQUESA.

¿Serenidad?

RAMIRO.

Tambien.

DUQUESA.

¿Quereis á prueba,

á prueba singular  
poner ambos ahora?

*(Movimiento afirmativo en don Ramiro.)*

Vuestros ojos verán  
lo que el entendimiento  
jamás pudo soñar.

RAMIRO.

Señora... no vacilo...

DUQUESA.

Pues bien; ¡allí mirad!

*(Señala la duquesa á la pared del fondo, en cuyo centro aparece muy poco á poco por medio del desvanecimiento de velos, y segun lo indique el diálogo, una figura todo lo semejante posible á Rosalía con el mismo traje &c.)*

RAMIRO.

¿Allí? solo tinieblas  
alcanzo á ver no más.

DUQUESA.

Tinieblas que muy pronto  
las desvanecerá  
la aparición fantástica  
de una triste beldad  
que mora entre el silencio  
y olvido un año há.  
¡Ó tú! la prisionera  
de los encantos... ¡sal!  
por un instante rompe  
la densa oscuridad  
que oculta la hermosura

de tu angélica faz,  
 y ante la vista atónita  
 de incrédulo mortal  
 parece cual solias  
 mostrarte un año há...  
 pura, la sien velada  
 de cándido cendal...  
 ¡Ó tú...! la prisionera  
 de los encantos... ¡sal!

RAMIRO.

¡Gran Dios...! ¡qué ven mis ojos!

¡Es esto realidad,  
 ú ofusca mis sentidos  
 algun sueño tenaz?  
 Ante mis turbios ojos  
 apareciendo va  
 blanca vision que rompe  
 el muro colosal...

¿Quién es? ¡Ay...! ya conozco  
 de esa triste beldad  
 el contorno ligero...

¡Ah...! ¡cielos...! si será...

*(Déjase ver distintamente la figura.)*

DUQUESA.

¿Os faltará el corazon...  
 ó dudareis todavía...

RAMIRO.

¡Es mi hermana...! ¡Rosalia...!!!

ROSALIA.

*(Dentro.)* Perdon, Ramiro, perdon.

RAMIRO.

Perdon... perdon... no es engaño;  
 esta es la voz que mi oido,  
 pese á mi afan, no ha podido  
 escuchar en todo un año.

¿Perdon humilde reclamas  
 de tu desorden ahora...?

Y... ¿tú lo esperas, traidora,  
 de aquel á quien torpe infamas?

La que asi del deshonor  
 por la senda se derrumba...  
 para bajar á la tumba

¿por qué le falta valor?

¿Cómo, perdon, desdichada,  
 tu lengua á pedir acierta?

viérante mis ojos muerta,  
 mas no humilde y deshonrada.

Huye, que tedio me inspiras ;  
 no esperes perdon de mí :  
 vete... sal pronto de aqui ,  
 ó teme á mis justas iras.  
 ¿Aun escuchándome está  
 tu desenvuelta osadía ?  
 ¿Aun me aguardas, Rosalía?  
 Pues bueno: ¡ay de tí...!

(*Movimiento en don Ramiro para dirigirse á la figura.*)

DUQUESA. (*Deteniéndole.*) ¡Ja...! ¡ja...!

RAMIRO. ¡Señora...! ¿os reis...?

DUQUESA. ¡Oh...! sí,  
 aunque me tengais por fátua:  
 ¿No veis que hablais á una estatua  
 que tengo encantada aqui?

RAMIRO. ¡Encantada!

DUQUESA. Es la verdad.

RAMIRO. Y aquella voz...

DUQUESA. Aunque os pese,  
 Ramiro, el encanto es ese.

RAMIRO. Vive Dios...

DUQUESA. Vedla, tocad...

RAMIRO. Jurara... sí..., ¡ay tal demencia!

DUQUESA. ¿Habrá sucesos mas raros...?

DUQUESA. Esto, Ramiro, es mostraros  
 adonde alcanza mi ciencia.

(*Ocúltase la figura.*)

RAMIRO. ¡Loco estoy...!

(*Reparando en que ya no está la figura.*)

¿Despareció?

DUQUESA. Vuelve á su destino ahora...

RAMIRO. Pero aquella voz, señora...

DUQUESA. Para siempre enmudeció.

RAMIRO. Y ¿ya no la oiré jamas?

DUQUESA. Si Ramiro en ello insiste...  
 hay un medio...

RAMIRO. ¡Cuál!

DUQUESA. Consiste...

RAMIRO. ¿En quién...

DUQUESA. En vos nada mas.

RAMIRO. Hablad.

DUQUESA. No, que ya os hablé;

sed ciego, cumplid con todo lo que os diga, y de este modo mi promesa os cumpliré.

A este precio la esperanza que abrigais realizareis: solo á este precio tendreis hermana, honor y venganza.

RAMIRO. Pues bueno, duquesa amiga; disponed...

DUQUESA. Lo haré, señor, ya que solo aqui el honor es lo que mas os obliga.

RAMIRO. ¿El honor, decís, señora? Injusta sois por demas: me obliga, sí... pero aun mas me obliga la encantadora.

DUQUESA. ¡Oh...! no fatiguedis, Ramiro, agora el entendimiento: ya conozco el ardimiento que con la magia os inspiro.

RAMIRO. Escuchad...

DUQUESA. Nada... ¿estremadas protestas de vuestra fé? las que vais á decir sé, y las doy por escuchadas. Idos ya, buen caballero, á cumplir vuestro destino... y no alarguedis el camino equivocando el sendero. Mas... para que no os perdais de esas vueltas en el golfo, ireis con mi page Astolfo, que conoce... ¡Hola!

## ESCENA VI.

LA DUQUESA. RAMIRO. ROSALÍA, vestida de page, y DOÑA VIRTUDES por la puerta de la derecha.

ROSALIA. ¿Llamais?

(La duquesa y Rosalia hablan aparte mientras que don Ramiro contemplando á la última dice con el mayor aturdimiento.)

RAMIRO.

Esa voz... ¡oh! juraría  
á pesar de sexo y trage  
que estoy viendo en ese page  
la cara de Rosalía.

¡Cielos...! ¿quién me trajo aquí...;  
á esta horrible confusion  
donde vaga mi razon...

DUQUESA.

¿Entiendes, Astolfo?

ROSALIA.

Sí.

RAMIRO.

¡Señora...! estoy padeciendo...

DUQUESA.

¿Qué es lo que os saca de tino?  
pero... ¡ay de vos...! Ya adivino  
vuestro mal: lo estoy leyendo  
en la callada conciencia...

¿Quereis que la maga os diga  
qué es lo que ahora os fatiga?  
á todo alcanza la ciencia...

RAMIRO.

Tal vez... sí... y no será vana...

DUQUESA.

La duda aqui es un ultrage.

¿No es que encontrais en mi page  
la imagen de vuestra hermana?

RAMIRO.

Es la verdad, sí señora...

DUQUESA.

¿Mal haya en tanta vision  
que os trastorna la razon!

¿En eso dareis ahora?

Hasta hoy no lo habeis notado.

RAMIRO.

¿Pues qué...! ¿le he visto otra vez?

DUQUESA.

¿Ay señor...! pasan de diez  
las noches que os ha velado.

RAMIRO.

¿Voto al diablo...!

DUQUESA.

¿Enloqueceis?

Una idea... aunque os aflija,  
teneis en la mente fija  
y en todas partes la veis.

RAMIRO.

¡Ah...! sí... sí... teneis razon:  
tanto lance inesperado  
confieso que ha fascinado  
á mi pobre corazon.

DUQUESA.

Resignacion, osadía,  
y todo lo alcanzareis.  
Idos: pronto me hallareis  
donde hora os conduce el guia.



RAMIRO. Vámos allá, el pagécillo.  
 ROSALIA. Pues sígame el caballero.  
 RAMIRO. Tambien que eres mago infiero...  
 ROSALIA. Tal dicen en el castillo.  
 RAMIRO. A tu voz no hay quien resista...  
 ROSALIA. (*Con desenfado asiéndole la mano.*)  
 Andad, que tardais á fé...  
 (*¡Ay..., que su mano estreché!*)  
 DUQUESA. (*Aparte á Virtudes.*)  
 No hay que perderlos de vista.  
 (*Vanse seguidos de la dueña.*)

### ESCENA VII.

LA DUQUESA. *Despues* REGOLLOS.

DUQUESA. ¡Ja...! ¡ja...! ¡ja...! viven los cielos  
 que si en alejarse tardan  
 la risa me hace traicion  
 y deshago la maraña.  
 ¡El pobre Ramiro...! ¡Oh...! sí;  
 á pesar de su arrogancia,  
 su denuedo y juventud,  
 no sabe lo que le pasa.  
 Y para los dos es bueno;  
 ella á su hermana acompaña,  
 y él, sin querer, se acostumbra  
 á la vista de su hermana.  
 Perdóneme Dios mentiras  
 y combinaciones tantas  
 en gracia de la intencion,  
 que no puede ser mas sana.  
 REGOLLOS. (*Por la puerta secreta del fondo.*)  
 ¿Qué tal?  
 DUQUESA. Estremadamente.  
 Regollos, te doy las gracias  
 por lo á tiempo que has estado  
 para apoyar mis palabras.  
 REGOLLOS. ¡Qué...! si á mí para demonio  
 solo las uñas me faltan.  
 DUQUESA. ¿Qué hacen don Lope y Suspiro?  
 REGOLLOS. Estan como dos estátuas.

Don Lope de cuando en cuando  
se burla y echa brabatas ;  
pero al rumor mas pequeño  
de la faz el color cambia.

Suspiro ya ni suspira  
ni á soltar se atreve el habla :  
con cara asaz puntiaguda  
torna la vista á la espalda,  
y con pánico terror  
de las paredes se aparta  
porque teme que otra vez  
le agarre el brazo de marras ;  
pero esto no ha sido obstáculo  
para demandar con lágrimas  
comida , merienda ó cena ,  
aunque del infierno salga ,  
pues dice que tiene un hambre  
que hasta á su miedo aventaja.

DUQUESA.

Aqui los has de traer  
valiéndote de tus mañas ,  
y embaucándolos de modo  
que no conozcan la farsa.  
La cena como te he dicho ,  
y en esa vecina cuadra

*(Señalando á la alcoba.)*

por el callejon estrecho  
introducirás la estatua.

REGOLLOS.

Voy primero á conducirlos  
y despues...

DUQUESA.

Vete , ya tardas.

REGOLLOS.

Para serviros , señora ,  
mis pies no son pies , son alas.

## ESCENA VIII.

*LA DUQUESA.*

¡ Desdichada humanidad !  
¡ Cuán débil eres... cuán flaca !  
Orgullosa el pensamiento  
hasta las nubes levantas  
y cruzas de las esferas

la portentosa distancia,  
 y en medio de ese camino  
 por donde vas embriagada  
 un átomo imperceptible  
 te fascina, te quebranta,  
 y te deja sobre el polvo  
 muda, ciega y espantada.  
 Hé aqui por qué facilmente  
 triunfa mi supuesta magia...  
 no hay cosa como tener  
 en el mundo, de algo, fama.  
 Pero... pienso que se acercan...  
 volvamos á la demanda,  
 y para mas confusion  
 ocultemos esta lámpara.

(*Oculto debajo del manto la lámpara que arde sobre la mesa.*)

### ESCENA IX.

LA DUQUESA. DON LOPE. SUSPIRO. REGOLLOS.

- ROGOLLOS. (*Tirando de Suspiro.*)  
 Por aqui.
- SUSPIRO. No se deleite  
 abollándome el testuz.
- LOPE. ¿Cómo es que no hallamos luz?
- SUSPIRO. Estará caro el aceite.
- DUQUESA. Hé aqui la luz.
- LOPE. Viene á punto...  
 ¡Vos...!
- SUSPIRO. (¡Uf...! ¡doña Lucifer...!  
 más le temo á esta muger  
 que á todo el infierno junto.)
- DUQUESA. Yo, don Lope: ¿os admirais?
- LOPE. No por cierto...
- DUQUESA. Ya lo veis,  
 decís que luz no teneis  
 y os traigo lo que anhelais.
- LOPE. Es verdad...
- SUSPIRO. (¡Esto va malo!)
- LOPE. Conozco, señora mia,  
 que ya hasta con demasia

- atendeis á mi regalo.  
 (Andate en flores con ella.)
- SUSPIRO.  
 DUQUESA. Por esa misma razon  
 os cedo esta habitacion...
- LOPE. Sí, con efecto; es muy bella.  
 Y me place que me obsequien  
 con sala tan estremada,  
 que parece aderezada  
 para una misa de *Requien*.
- DUQUESA. Son del difunto sentencias  
 que dictó en su última hora.
- LOPE. Tuvo el difunto, señora,  
 muy felices ocurrencias.
- DUQUESA. En esa alcoba murió.
- LOPE. ¿Y me la cedéis á mí?
- DUQUESA. Si no os causa miedo, sí.
- LOPE. Me alegro.
- SUSPIRO. (No entraré yo.)
- LOPE. Muy tranquilo dormiré,  
 aunque por cierto quisiera  
 que el tal se me apareciera.
- SUSPIRO. (¡Jesus María y José!)
- LOPE. Porque entonces le diria  
 á mi vez cuatro verdades,  
 pues todas sus voluntades  
 adolecen de manía.
- DUQUESA. No es justo de aquel que muere  
 escarnecer la memoria.
- LOPE. ¡Oh...! Dios le tenga en su gloria,  
 y muchos años me espere,  
 Lo dije sin intencion.
- DUQUESA. Es que si vos lo anhelais  
 no es dificil que tengais  
 aquí alguna aparicion.
- SUSPIRO. (Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo...)
- LOPE. Si han de venir, deseara  
 que trajeran buena cara.
- DUQUESA. De todo habrá...
- LOPE. No me aflijo.
- DUQUESA. Pues buena noche.
- LOPE. Muy buena.
- DUQUESA. Cumpliré vuestro desco,

- que en esto solo me empleo...  
 VOIS me honrais...  
 LOPE. (Pero... ¿y la cena?)  
 SUSPIRO. ¿Cuándo á veros volveré?  
 LOPE. (*Desde la puerta de la derecha.*)  
 DUQUESA. Don Lope, de aqui á dos dias  
 en las mansiones humbrías.  
 SUSPIRO. (¡Sopla!)  
 LOPE. ¡Oid!  
 (*Ciérrase la puerta.*)  
 SUSPIRO. Cerró y se fué.

### ESCENA X.

*DON LOPE. SUSPIRO.*

- SUSPIRO. Y hénos aqui, Virgen Santa  
 otra vez pisando quedo,  
 llevando á la espalda el miedo  
 y de frente á la carpanta.  
 LOPE. ¡Qué muger! con sus razones  
 me deja el alma suspensa...  
 SUSPIRO. Y á mí tambien, porque piensa  
 que somos camalcones.  
 LOPE. Es que á veces, por demas  
 amedrenta á mi valor.  
 SUSPIRO. Pues ¿qué diré yo, señor,  
 que no le tuve jamas?  
 LOPE. ¡Ea, don Lope! ¿qué se hizo  
 de tu arrojo y tu denuedo?  
 ¿llegarás á tener miedo  
 de una bruja ante el hechizo?  
 Jamas en ellas creí  
 ni en su mágico poder...  
 mas, no puedo comprender  
 lo que he presenciado aqui.  
 Será una ilusion tal vez  
 ó verdad cuanto pasó,  
 que en estas materias yo  
 jamas me ocupó, ¡pardiez!  
 Pero verdad ó quimera  
 en ello no he de pensar...



vámonos á descansar  
y venga lo que Dios quiera.

SUSPIRO.

¡Señor...! ¡señor...!

LOPE.

¿Qué te agita?

SUSPIRO.

Con paciencia me has de oír:  
¿sin cenar vas á dormir  
en esa alcoba maldita?

LOPE.

En vano al sueño resisto...

SUSPIRO.

Recuerda que allí murió...

LOPE.

Y ¿qué tengo que ver yo...

SUSPIRO.

(*Interponiéndose entre don Lope y la alcoba.*)

¡Tente...! ¡no pases, por Cristo!

LOPE.

¿A mi descanso te opones?

SUSPIRO.

No, don Lope, no has de entrar...  
á lo menos sin cenar,  
que el hambre hace ver visiones.

LOPE.

Pues vive Dios, majadero,  
gloton, de valor escaso,  
que ya que sales al paso  
en ella has de entrar primero.

SUSPIRO.

¡Yo...!!!

LOPE.

Tú.

SUSPIRO.

¡Yoo...!!! ¿será lisonja...  
de... de...

LOPE.

(*Empujándole.*)

Vamos, entra listo...

SUSPIRO.

(*Deshaciéndose de don Lope.*)

¡Ay Jesús...! ¡y á quién he visto...!!!

LOPE.

¿A quién has visto?

SUSPIRO.

¡A la monja!

LOPE.

¿Qué dices!

SUSPIRO.

¡Dios nos asista!

LOPE.

Pues desde aquí ver no puedo...

SUSPIRO.

¡Ay señor...! yo sí, que el miedo  
me aclara mucho la vista.

(*Mientras don Lope y Suspiro registran desde la escena el interior de la alcoba, sube por escotillon en el lado opuesto una mesa cubierta con un paño negro, platos, botellas y viandas, y dos bujias de cañon encendidas para ocultar la luz á su tiempo.*)

¿No atisvas, por San Andrés,  
la blanca sombra en lo oscuro...



allá... pegadita al muro...

¡La ves...! don Lope... ¡la ves!

LOPE.

¡Oh...! sí, sí... no es apariencia:

allá en el fondo diviso...

entra, y pídele permiso...

SUSPIRO.

Tómate tú la licencia.

*(Vuélvese y ve la mesa.)*

¡Cielos!

LOPE.

¿Qué...?

SUSPIRO.

¡Cena nos dan!

todo me vuelvo narices...

¡qué bien huelen las perdices!

¡y los pichones! ¡y el pan!

Don Lope, al buen Lanjaron;

ven y no le desairemos,

que despues... despues... veremos.

LOPE.

*(Cerrando la puerta de la alcoba.)*

Suspiro tiene razon.

SUSPIRO.

Ven á probar los pichones

que esperan á mesa puesta.

¡Oh...! si fueran como esta

todas las apariciones!

Vaya, ¿te sirvo un traguito?

LOPE.

Sirve pues.

SUSPIRO.

¡Fuera pesares!

LOPE.

La vista de los manjares

me dispierta el apetito.

*(Se sienta en uno de los dos sillones que habrá arrimados á la mesa.)*

SUSPIRO.

Ya me bailan las encías.

¡Buen hartazgo les prevengo!

LOPE.

¿Tanta hambre tienes?

SUSPIRO.

¿Si tengo?

un hambre de cuatro dias.

*(Acabando de llenar el vaso.)*

Señor, apúralo entero.

LOPE.

Entero lo he de apurar.

SUSPIRO.

Bueno es antes de mascar

dar un limpion al garguero.

*(Empinase la botella.)*

LOPE.

Bien sabe.

SUSPIRO.

Sabe muy bien.

- LOPE. Y fortifica.
- SUSPIRO. Y entona,  
y alegre, y envalentona...
- LOPE. Y predispone... ¿eh?
- SUSPIRO. Tambien.
- LOPE. Toma este alon.
- SUSPIRO. ¿Asi empiezas?  
¿Yo aloncitos...? ¡vive Dios!  
dame una perdiz... ó dos  
y déjate de finezas.
- LOPE. (*Dándole una fuente llena.*)  
Bárbaro, toma...
- SUSPIRO. Esto es dar.
- LOPE. Por si es que te llego á ver  
harto...
- SUSPIRO. Y ¿qué le hemos de hacer?  
mi único goce es... tragar.  
Ya que esto se consiguió,  
si te place, señor mio,  
en ese sillón vacío  
podiera sentarme yo.
- LOPE. ¡Villano! ¿en la misma mesa  
con tu señor?
- SUSPIRO. ¡Bueno es esto!  
¿para tí solo ha dispuesto  
dos asientos la duquesa?  
No; para tí y para mí...
- LOPE. Qué se yo; ¡para el dèmonio!
- (*Oyese un ruido sordo y momentáneo.*)
- SUSPIRO. ¡Huif!!! ¡válgame San Antonio!  
¿Oiste, señor?
- LOPE. Sí oí.
- SUSPIRO. (*Consternado.*)  
Al nombrar... al... enemigo...  
tembló...
- LOPE. (*Llenando dos copas.*)  
Sea lo que fuere,  
venga el demonio si quiere  
á echar un brindis conmigo.
- (*Vuelve á oirse mas cercano el anterior ruido.*)
- SUSPIRO. Señor don Lope, á morir  
chamuscados nos conduces...

- LOPE. Suspiro, atiza esas luces,  
que quiero verle venir.
- SUSPIRO. *(Va á atizar una de las bujias y escóndese  
la luz.)*  
¿Que atice...? si estas diabluras...  
me han dejado... ¡ay...! se apagó...
- LOPE. *(Quiere atizar la otra y se oculta tambien.)*  
¡Torpe...! verás cómo yo...
- SUSPIRO. *(Sollozando.)*  
¡Pues! nos quedamos á oscuras.  
Si tendré á alguno detras,  
y otra vez el vapuleo...  
¡ay...! ¡cuántas figuras veo...!  
*(Sale con la posible celeridad don Ramiro con el rostro  
y manos de negro como en el final del acto primero  
por debajo de la mesa, y ocupa el sillón que estará  
al lado del de don Lope.)*

## ESCENA XI.

DON LOPE. DON RAMIRO. SUSPIRO.

- RAMIRO: ¡Hola!
- LOPE. ¡Quién...!
- SUSPIRO. *(Tiritando.)* ¡Iiif!
- RAMIRO: Satanás.
- LOPE. ¿Qué es lo que pasa por mí?  
arde mi frente...
- RAMIRO. Don Lope,  
por tí he venido á galope:  
¿no me has llamado? héme aqui.
- LOPE. La cabeza se me parte...  
Sí, te he llamado, es verdad...  
mas, rompe esta oscuridad,  
dame luz para mirarte.
- RAMIRO. Luz tendrás, y ahuyentaré  
las tinieblas y tu miedo:  
don Lope... con solo un dedo  
la luz te devolveré.  
*(Aplica un dedo á las bujias y vuelven á lucir.)*
- LOPE. Maravillándome vas...
- RAMIRO. ¿Y qué pretendes de mí?

- Me llamas, y vengo aqui ;  
luz te doy... ¿qué quieres mas ?
- LOPE. Que me libres con presteza  
de estos horribles zumbidos,  
que entorpecen mis sentidos  
y trastornan mi cabeza.  
Ya que frente á frente estamos,  
pónme sano...
- RAMIRO. Sanarás,  
don Lope, si bebes mas.
- LOPE. Pues bueno, juntos bebamos.
- RAMIRO. Pues bebamos... ( ¡ Oh...! qué ciego.)  
(*Apura don Lope la copa y don Ramiro la lleva á los  
labios sin probarla y la deposita en la mesa.*)
- LOPE. ¡ Qué! ¿ tú no has bebido...?
- RAMIRO. ¡ No!  
desto nunca bebo yo.
- LOPE. ¿ Pues qué es lo que bebes ?
- RAMIRO. ¡ Fuego!  
Mas... aqui á tu bufon miro,  
y él por mí lo beberá.  
¡ Hola!
- SUSPIRO. (*Que ha estado inmóvil desde la salida de  
Ramiro.*) Es... ¿ á mí?
- RAMIRO. Ven acá.  
¿ Tú eres Suspiro...?
- SUSPIRO. ¡ Ay...! Suspiro.  
(*Pone don Lope los codos sobre la mesa y apoya entre  
las manos la cabeza.*)
- RAMIRO. Yo gusto de hombres serenos.  
Suspiro, sin respirar  
esta copa has de apurar...
- SUSPIRO. Pues señor, del mal el menos.
- RAMIRO. ¿ Qué tienes ?
- LOPE. Tanto dolor  
que á perder voy el sentido.  
¡ Vete...! que solo has venido  
para ponerme peor.
- RAMIRO. Lo quieres... te dejaré,  
á tus órdenes estoy...  
en paz te queda por hoy,  
á tus bodas volveré.

USPIRO. (*Dando señales de embriaguez.*)

Ya pienso que consumí...  
que no hubiera sido un río...

AMIRO. Y adierte que ya eres mio... ,  
en breve vendré por tí.

*Sin que lo noten se desliza por debajo de la mesa, y desaparece.)*

## ESCENA XII.

DON LOPE. SUSPIRO.

LOPE. Esto ya es volverse loco.

SUSPIRO. (*Acercándose á don Lope.*)

Yo... bien sé... por dónde voy.

¿Don Satanás? aquí estoy...

á ver, écheme otro poco.

LOPE. (*Al sentir el contacto de Suspiro alza la cabeza y dice con acento que demuestre la vaguedad y confusion de sus ideas.*)

¿Quién...! eres tú... ;ya no está  
esa espantosa vision...

¡Ay, Suspiro...!

SUSPIRO. (*Sentándose en el sillón que desocupa don Lope, come y bebe.*)

¡Ay Lanjarón!

dame un beso, ven á acá.

LOPE. (*Andando con dificultad hasta que se deja caer en un sitial que habrá en medio de la escena.*)

La luz se va oscureciendo

ante mis pupilas turbias

y mil fantásticas sombras

en mi derredor se agrupan...

¡Ay...! quién me podrá librar

de este peso que me abruma.

(*Se sienta.*)

SUSPIRO. (*Derriba una botella.*)

Quieta aquí; no hay que escaparse,

que por vida de una cuba...

(*Óyese dentro el siguiente coro acompañado de una música pianísima, á cuyo compás salen por la puerta del fondo seis bailarinas vestidas de blanco con gasas de colores en las manos y danzan en tor-*



*no de don Lope. Delante de las bailarinas saldrán Rosalia con su primitivo trage, y doña Virtudes la primera se colocará á una regular distancia y á la izquierda de don Lope, y la segunda á la derecha de Suspiro.)*

CORO.

A Dios, galan intrépido,  
el que soñando está;  
en las moradas lóbregas  
tal vez despertarás,  
donde te espera el tálamo,  
el tálamo nupcial  
mecido por las ráfagas  
de indómito huracan.

*(Apágase un poco la música de modo que no impida oír el diálogo. Siguen danzando en derredor de don Lope agitando las gasas, y alejándose á medida que él mismo quiere tocarlas.)*

LOPE.           ¿Qué es esto...? ¿son ilusiones  
estas aéreas figuras  
que vagan en torno mio  
y rápidamente cruzan?  
No es aquella Rosalía...  
¿por qué has dejado la tumba  
y regalas mis oídos  
con tan deliciosa música?  
Es ella... ¡sí...! la conozco...  
espera... ¿por qué te ocultas...  
quiero ver si es realidad  
cuanto ahora me circunda.

*(Se levanta trabajosamente y quiere tocar á las que tiene mas inmediatas; pero se retiran como qued dicho, y faltándole las fuerzas vuelve á caer en sillón: entre tanto Suspiro, que ha reconocido á doña Virtudes, dice embriagado ya completamente:)*

SUSPIRO.       ¡Hola...! ¿vienes á ayudarme?  
¿quieres achisparte, bruja?


LOPE.           ¡Ay de mí, que nada alcanzo...  
y ya mi razón se turba...  
¡Dejadme...! ¡huid...! blancas sombras,



vuestra vaguedad me ofusca...  
 ¡idos de mi pensamiento  
 y que el infierno os confunda!

*Cae en el sillón aletargado: crece la música y dan-  
 zan con mayor rapidez, y baja el telón dejándo-  
 se oír el coro.)*

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**



# Acto tercero.

---

*Subterráneo corto. Sobre dos bancos de piedra aparecen profundamente dormidos don Lope y Suspiro. La escena no tendrá otra luz que la de una linterna que saca Regollos y que deja al retirarse sobre el banco de don Lope.*

## ESCENA PRIMERA.

*DON LOPE. SUSPIRO. REGOLLOS.*

REGOLLOS. *(Reconoce á Suspiro, luego á don Lope.)*  
¡Lo que les dura el letargo...!  
y ya va para dos horas...  
¿quién sabe si habremos hecho  
aqui un pan como unas tortas?  
¿Si aquellos malditos polvos  
que les puse en la redoma  
serían de soliman?  
¡Aqui de Dios...! ¡que me ahorcan!  
Hombre... hombre... vamos á ver...  
*(Registrando á don Lope.)*  
¡Pues no era nada la broma!  
¿Respira...? no... ¡va! que sí,  
profundamente reposa...  
¿el pulso...? ¡febricitante!  
pero nada, es cosa corta...  
por supuesto... ni es capaz  
de asesinar la señora.  
Les durará todavía  
algun tiempo la modorra,

y despues se quedarán  
 los dos como si tal cosa...  
 Ya se ve; vaciaron ambos  
 con tanta prisa las copas,  
 que sé han puesto como cubas...  
 no es mal principio de bodas.  
 Y ¿en qué vendrán á parar  
 todas estas trapisondas,  
 tanto embuste y embelecó  
 y tanta invencion diabólica?  
 Digo que nuestra duquesa  
 es la mas enredadora  
 y mas traviesa muger  
 que hay en esta Babilonia.  
 ¡Ya! ¡ya! si á embrollar se pone  
 y con empeño lo toma,  
 ¡pobre del que haga de martir!;  
 no hay remedio, lo atolondra.  
 ¡Qué modo de alambicar...!  
 no es nada la batahola  
 que hay allá dentro... ¡Jesus!  
 es muger... y basta y sobra.  
 Cuando yo que danzo en todo  
 estoy como un papa-moscas,  
 ¿qué serán estos pobretes  
 que nada saben...

(*Mirando á la derecha.*)

¿Eh...? ¡Hola!

allá en el fondo diviso  
 un bulto... vaya de sombras.  
 Desocupemos el puesto,  
 que no es este el que me toca,  
 y á disfrazarnos de diablo  
 si es que al ama se le antoja.  
 ¿Quién te ha metido, Regollos,  
 á tu edad en estas cosas?  
 Mas... ¿qué hacer? Ella lo manda,  
 es su gusto... y arda Troya.

## ESCENA II.

*DON RAMIRO. DON LOPE y SUSPIRO como en la escena anterior.*

RAMIRO.

Sí, luz hay, no me engañé:  
dos horas hace que voy  
perdido... y adónde estoy  
¡vive Dios...! que no lo sé.  
Y ya me cansa en verdad,  
de esta caverna en el centro,  
ir por donde solo encuentro  
tinieblas, oscuridad.

*(Tropieza en el banco donde está Suspiro.)*

Mas ¿qué es esto? ¿un cuerpo aquí?  
de esa luz al débil rayo  
alcanzo á ver al lacayo  
de don Lope... el mismo, sí.  
No estará lejos su dueño...  
hélo allí... durmiendo está...  
alguien por ellos vendrá  
que me saque de este empeño;  
y mientras llega, el letargo  
velaremos de los dos  
un instante, y plegue á Dios  
que el instante no sea largo.

*(Se sienta á los pies de don Lope.)*

Después de tanta locura,  
¿quién, don Lope, te diría  
que yo á velarte vendría  
en esta caverna oscura?  
Nunca, del deleite en pós,  
tú pudistes entrever  
que llegaríamos á ser  
rivales aquí los dos.  
Y sin embargo, el destino  
aquí de los dos dispone,  
y frente á frente nos pone  
en la mitad del camino. —  
Odio á este hombre de tal suerte  
que hasta me sorprende yo...  
no sé... jamás me ofendió,

mas... le aborrezco de muerte.  
 Fugitivos pensamientos  
 que por la mente cruzais,  
 ¿por qué en mi seno dejais  
 tan tristes presentimientos?  
 Hay siempre en la soledad,  
 en el silencio y la calma  
 voces que anuncian á el alma  
 alguna horrible verdad.  
 Y hora llegan á mi oido...  
 y aqui con afan insano  
 ponen la daga en mi mano  
 y un hombre á mis pies dormido.

(*Se levanta.*)

¡Oh... jamas! no abrigue yo  
 tan vil pensamiento aqui...  
 Rival, enemigo, sí;  
 pero asesino... eso, no.  
 ¡Nadie llega...! es vano intento  
 vagar sin saber por dónde...  
 llamo... y el eco responde  
 á mi fatigado acento.  
 Y ¿que viva yo en la holganza,  
 en esta amorosa red,  
 sin que se apague la sed  
 de mi precisa venganza?  
 Supiera al menos el nombre...  
 mas, si aqui la he de encontrar,  
 aqui la debo buscar...  
 ¿qué rayo de luz...! ese hombre...  
 Ese hombre... recuerdo yo,  
 que há un año... en la corte... ¡sí!,  
 cuando la fuga... ¡ay de mí...!  
 y á poco desapareció.  
 ¡Oh...! sí, mi memoria es fiel...  
 y ahora, de la duquesa  
 comprendo bien la promesa...  
 ¿quién puede ser, sino él?  
 Y hé aqui la amarga verdad  
 que esperaba hace un momento:  
 hé aqui mi presentimiento  
 convertido en realidad.

- Mas... ¿no será ilusion vana?  
Toda mi sangre daría...
- LOPE. *(Soñando.)*  
¿Rosalía...!
- RAMIRO. ; Oh...!!
- LOPE. ; Rosalía...!!
- RAMIRO. *(Ocultando el rostro entre las manos.)*  
; Es el nombre de mi hermana !!  
; Qué dudo...! ¿facil juguete  
creisteis hallar en mí...  
; Vive Dios...! nada hay aqui  
que á mi cólera sujete.  
Y al verme ya en tal extremo,  
cuando mi venganza toco...  
tener á mi honor en poco  
y á mi gloria es lo que temo.  
; Y qué! maldad por maldad;  
sí... tu sueño será largo...  
don Lope, de ese letargo  
saldrás en la eternidad.
- VIRTUDES. *(Dentro.)* Rosalía, por aqui.
- RAMIRO. ; Qué...! nombran á Rosalía...  
¿Será una superchería  
aquella sombra que yí?  
Tal vez... pero ¿cómo está  
en el castillo... ; quién sabe...!  
*(Ocultando la linterna debajo de la capa.)*  
Yo haré, que mi engaño acabe...  
; Oh...! ; si á buscarle vendrá?  
Ya llegan... un bulto avanza  
por entre esa lobreguez...  
Alienta, honor, que esta vez  
consigues doble venganza.

## ESCENA III.

ROSALÍA. DOÑA VIRTUDES por la izquierda. DON RAMIRO  
DON LOPE. SUSPIRO.

- VIRTUDES. ; Pues, sin luz nos han dejado...!  
veníos detras de mí,  
que es preciso por aqui



andar con mucho cuidado.

¡Llevar la luz...!

ROSALIA. No respiro...

VIRTUDES. Vaya, que teneis un miedo...

ROSALIA. Es que tal vez...

VIRTUDES. Pisad quedo...

ROSALIA. ¡Si encontramos á Ramiro...!

VIRTUDES. ¿Encontrar...? ¡no lo digais!

Y aunque eso llegara á ser,

aquí no os pudiera ver...

¡imposible...!

RAMIRO. (*Muestra la linterna, que vuelve á dejar sobre el banco de don Lope.*)

¡Os engaÑais...!

VIRTUDES. ¡Ah...!

ROSALIA. ¡Dios mio!

RAMIRO. Sí, traidora;

ya no hay poder que lo impida...

aquí me tienes...

VIRTUDES. (*¡Por vida...!*)

busquemos á la señora.)

(*Vase por la derecha.*)

#### ESCENA IV.

ROSALIA. DON RAMIRO. DON LOPE. SUSPIRO.

RAMIRO. ¿Temes, di, mi saña ardiente?

¿tú que fuistes tan osada,

hora trémula, aterrada

humillas la torpe frente?

¿Nuestro baldon escondias

misteriosa entre estos muros...

y con tan necios conjuros

deslumbrarme pretendias?

ROSALIA. ¡No...! escucha por piedad; oye, Ramiro...

que hora tu labio sin razon me acusa.

Yo jamas te engaÑé... sola y errante,

transida el alma de mortal angustia,

busqué un asilo triste, solitario

donde por siempre, de tu vista oculta,

lavar pudieran mis ardientes lágrimas

;

del deshonor la abominable culpa.  
 Y en medio de la noche aqui me traje  
 el siniestro rigor de mi fortuna...  
 y aqui tambien te traje ; hermano mio!  
 la mala estrella que á los dos alumbra.  
 Ansiaba huir, abandonar el valle,  
 cruzar la tierra y perecer sin duda ,  
 porque no quise que mi torpe afrenta  
 se reflejara en tu semblante nunca.  
 Pero hay aqui un poder... mágico, grande,  
 que á sus leyes precisas me subyuga...  
 "No salgas de Lecrin," su voz me dijo...  
 y en Lecrin me quedé estática y muda.

RAMIRO. ; Dices bien , infeliz... ! comprendo ahora  
 lo enorme de tu infamia y desventura ;  
 mas no me traje aqui... no, Rosalía ,  
 la estrella infausta que á los dos alumbra :  
 el genio aterrador de las venganzas  
 me condujo hasta el fondo de esta gruta ,  
 donde mis ojos contemplar pudieran  
 lo que hace un año sin reposo buscan.

ROSALIA. ; Ramiro !

RAMIRO. (*Señalando á don Lope.*)

¡ Ven ! ¿ Conoces á ese hombre ?

ROSALIA. A ese hombre... ; gran Dios... !

RAMIRO. Responde.

ROSALIA. Escuc

RAMIRO. ¿ No es ese el que engañó tus esperanzas ?

¿ El que una noche tenebrosa , oscura ,  
 de la morada de las santas vírgenes  
 logró arrancarte con falaz astucia ?

¿ No es ese el miserable que añadiendo  
 el desprecio y escarnio á tanta injuria  
 como un vil te dejó , y al nuevo mundo  
 voló á esconderse con presteza suma ?

¿ Atrévete á negarlo... !

ROSALIA. ; Ay de mí , triste... !

RAMIRO. De ese poder que tu razon ofusca ,  
 que te protege y encadena á un tiempo...  
 demanda pronto la eficaz ayuda.

ROSALIA. ; Qué dices , mi Ramiro... ! ; qué pretendes... !  
 tu acento aterrador ; qué es lo que anuncia.

RAMIRO. ¡La muerte!

ROSALIA. Y á la vista de tu hermana,  
¿no brota un sentimiento de ternura  
que aplaque tu furor?

RAMIRO. ¡Necia...! deliras.  
El dolor y vergüenza que me abruman  
seco dejaron el raudal precioso  
que en mi seno corrió desde la cuna.

ROSALIA. ¡Perdon!

RAMIRO. Y ¿tú lo esperas...? hay errores  
que solo se perdonan en la tumba.  
Tú no sabes quién eres, aun ignoras  
lo esclarecido de tu noble alcurnia,  
y los afanes que á tu hermano cuesta  
el sostenerla como siempre pura.  
Tú ignoras, desdichada, que en tus padres  
cebóse un tiempo la infernal calumnia,  
y que á Ramiro tu horfandad legaron  
en sus postreras horas de amargura.  
Y ¿qué les diré yo, cuando en la noche  
irritadas saltando de las urnas  
sus blancas sombras á mi lecho lleguen  
y alli con voz fatídica me arguyan...  
"Qué fué de nuestro honor... de nuestra gloria..."  
Y... ¿qué he de responder á sus preguntas...!  
Y acaso ¿que no hay mas hondos pesares  
allá en tu mente atribulada juzgas?  
¡Oh...! sí; los hay mayores, mas horribles,  
porque todo en mi daño se conjura.  
Hoy que la fama y la verdad unidas  
de nuestros padres la memoria ilustran;  
hoy que por fin severa y vengadora  
de los traidores la justicia triunfa,  
¿cómo osaremos á llevar la planta  
del soberano á la morada augusta...?  
y ¿á quién podré decir mi hermana es esta  
sin escuchar su carcajada estúpida?

ROSALIA. Te comprendo... ¿qué horror...! ¡aquí, Ramiro,  
de tu agudo puñal clava la punta!

RAMIRO. ¡Aparta, aparta...! en mis hinchadas venas  
la sangre de los tigres no circula.

ROSALIA. ¡Hermano de mi alma...!

RAMIRO.

; Rosalía!

abrázame otra vez... ; por la vez última!  
 Aun recuerdo que fuistes inocente...  
 y mi orgullo tambien... ; pobre criatura!  
 mas no porque estas plácidas memorias  
 á mi doliente corazon acudan  
 al mundo volverás. Siempre ignorada  
 entre el silencio y soledad reclusa  
 tu falta espiarás, sin ser del vulgo  
 objeto vil de escandalosa burla.

ROSALIA.

Ignorada... sí, sí; mi anhelo es ese:  
 gozar de calma, soledad profunda...  
 y yo bendeciré siempre tu mano  
 do quiera que el destino me conduzca.

RAMIRO.

Pues bien , déjame ya.

ROSALIA.

; En esta caverna ,  
 qué pretendes hacer... ?

RAMIRO.

; Y lo preguntas ?  
 El sueño de ese hombre velar quiero  
 con la avidez de la serpiente astuta.  
 A sus pies estaré, y cuando el letargo  
 su entorpecido corazon sacuda,  
 yo saltaré á sus espantados ojos,  
 iremos á la muerte, y si rehusa...  
 entonces regaré ; viven los cielos !  
 este recinto con su sangre impura.

ROSALIA.

; A la muerte... !! A esas fúnebres ideas  
 que por tu mente acalorada cruzan,  
 otras de paz y de perdon y olvido  
 mi generoso hermano sustituya.

RAMIRO.

; Qué dices, miserable... ! ; por él lloras ?  
 ; por él aqui de mi clemencia abusas ?  
 ; Oh... ! vete ya, porque mi ardiente saña  
 irritas mas con tu humillante súplica.

ROSALIA.

No; no es por él el abundoso llanto  
 que esta marchita faz amargo surca...  
 Es por tí, por tu vida...

RAMIRO.

; No... ! impostora...  
 por la postrera vez... ; sal!

ROSALIA.

Nunca, nunca.

(Se arrodilla.)

Sobre la frente de tu triste hermana

descarga el golpe de tu loca furia.

RAMIRO.

¡Y á ese golpe fatal, con los verdugos pretendes que Ramiro se confunda...!  
 ¿Tus ojos quieren ver el crudo estrago que está anhelando mi venganza justa...

(*Echando mano al puñal.*)

¡Pues bueno!

ROSALIA.

¡Oye...!!

RAMIRO. (*Indicando la accion de dirigirse á don Lope.*)

No mas... ¡hoy el infierno á un abismo sin término me empuja...!

(*Lánzase la duquesa seguida de doña Virtudes por una abertura que habrá disimulada en el centro del telon del fondo, y se interpone entre Ramiro y Rosalia.*)

### ESCENA V.

LA DUQUESA. ROSALÍA. DON RAMIRO. DON LOPE. DOÑA VIRTUDES. SUSPIRO.

DUQUESA.

¡Teneos...!

ROSALIA.

¡Ah...!

RAMIRO.

¿Vos, señora...?

DUQUESA.

¡Pese á mi fatal descuido!

¿habeis ya dado al olvido

lo que os dije hace una hora?

RAMIRO.

Y vos, ¿pensais todavía

alucinarme...? no, no;

ya de mis ojos cayó

la venda que los cubría.

No mas torpe ceguedad,

señora, hallareis en mí,

que ya por fortuna dí

con la luz de la verdad.

DUQUESA.

Mas que nunca os hallo ciego

con vuestra saña importuna...

dad gracias á la fortuna,

que á tiempo, Ramiro, llego.

¡Seguidme...!

RAMIRO.

No os seguiré,

que aqui me sujeta ese hombre:

DUQUESA.

¡Y si os lo pido en el nombre



de vuestro honor?

RAMIRO.

No saldré.

ROSALIA.

¡Por piedad...!

DUQUESA.

¡Ya nada alcanza

en vuestra tenaz porfía  
la que há poco os ofrecía  
hermana, honor y venganza...?

¿Vos quereis en un minuto  
sacudir vuestras cadenas,  
y á la vez darnos escenas  
de consternacion y luto?

Bien; saciad vuestro furor:

*(Señalando á don Lope.)*

la venganza ahí la teneis...  
pero... siempre vivireis  
sin hermana y sin honor.

RAMIRO.

¡Qué...! sin honor...

DUQUESA.

¡Sí, pardiez!

RAMIRO.

Si alguna lengua traidora...  
¡ay de mí...! ¿volveis, señora,  
á fascinarme otra vez?  
Si me venís á brindar  
imposibles halagüenos,  
decidme, ¿cómo estos sueños  
llegareis á realizar?

DUQUESA.

Si vos lo anhelais saber,  
seguidme: de aqui apartados  
esos sueños realizados  
podreis facilmente ver.

RAMIRO.

Pero...

DUQUESA.

Nada, este es mi hechizo:  
muy pronto va á despertar,  
y si nos llega á encontrar  
el encanto se deshizo.

*(Tomando las manos de Ramiro y Rosalia.)*

Venid, que nada perdeis:  
suceda lo que suceda,  
siempre la venganza os queda,  
y os juro que os vengareis.  
Y entonces, como no espero,  
si mi intento no consigo...  
de vuestro torpe enemigo



vengáos como caballero.

*(Vase con los dos hermanos por la derecha.)*

ESCENA VI.

DOÑA VIRTUDES. DON LOPE. SUSPIRO.

VIRTUDES. ¡Jesus...! y qué duro estaba  
de pelar el tal mocito;  
si no llegamos á tiempo  
no hace aqui mal estrupicio...  
y por fortuna que yo  
llevé á galope el aviso;  
si tardo un poco, lo ensarta  
como dos y tres son cinco.

*(Tomando la linterna y acercándola á don Lope.)*

¡Pobre don Lope! ¡Ay...! si sales  
con bien de este laberinto,  
puedes decir que tu vida  
pendiente estuvo de un hilo.  
Miren el soberbio mozo  
qué manso está, qué humildito...  
Vaya, parece que ahora  
no hay tantos fueros ni brios  
para decir... buena dueña,  
no riñamos por un siglo...  
¿Qué tal? ¿os sentís mejor?  
Andaos en este castillo  
con bravatas y donaires  
y con groseros epítetos.  
En buenas manos está  
el pandero, señor mio,  
y aqui de vos me vengara  
si no fuera porque miro...

*(Mueve don Lope los brazos, y doña Virtudes asustada dice dirigiéndose hácia donde está Suspiro:)*

¡Ay...! ¡ay...! que va á despertar...  
desalojemos el sitio...  
Y ¿me he de ir sin que este zaque  
reciba el justo castigo...?  
Pues ¿no me ha llamado bruja,  
el lacayon, mal nacido...?

¡Yo bruja...! ¡ladron, infame,  
de todos los diablos hijo?  
¡Ah...! perro... ¿lo quieres...? toma  
esta racion de pellizcos.

(*Escapa, y Suspiro dice entre sueños.*)

### ESCENA VII.

DON LOPE. SUSPIRO.

SUSPIRO. Ay... ay... ay... ¡uif...!! ¡qué dolores!  
y qué escozor... y qué frio...  
pero... pero... (*Se sienta en el banco.*)

Vamos claros...

(*Se frota los ojos.*)

¡sí, claros... en turbio digo...

¡Calla...! y me he quedado ciego...

pues, no hay remedio, ¡lo dicho!

Estamos frescos... á oscuras

¿qué haré yo, y sin lazarillo?

Pero... si no palpo mal...

no hay duda... yo estoy vestido...

y con espuelas y votas...

¡aquí de Dios uno y trino!

¿Cuándo me he acostado yo?

ayer... ante ayer... ¡San Crispulo...!

¿qué es esto...! ¿vista y memoria

en un dos por tres se han ido?

Y esta cama, no es mi cama...

es de piedra... ¡cabalito...!

Si estaré yo equivocado...

Si no seré yo Suspiro...

¿me he muerto yo alguna vez?

¿me habrán enterrado vivo...?

¡Esta es mas negra...! sí... sí;

¡allá á lo largo distingo

un grupo de calaveras

y de esqueletos y grifos

que me hacen muecas horribles

asomados á los nichos...!!

¡Ay...! á mí me va á dar algo,

algo atroz, superlativo...

me voy á morir de veras...  
 á Dios mundo entierra vivos...  
 ¡Bárbaros...! ¡Oh...! ya no doy  
 por mi existencia un comino.

LOPE.

(*Con soñolienta voz.*)

¿Suspiro...?

SUSPIRO.

¡Ay...! ¡qué voz tan fúnebre  
 me taladra los oídos...!

¡Ya me conocen los muertos...!!!  
 me llaman... ¡hola...! vecinos...!

LOPE.

(*Esforzando la voz.*)

¿Suspiro...!

SUSPIRO.

¿Señor...! ¡señor...!

¿No es mi don Lope...?

LOPE.

Maldito,  
 abre pronto esos balcones,  
 que entre la luz...

SUSPIRO.

Señor mío,

¿qué balcones ni qué droga?

¿tú también aquí has venido?

LOPE.

(*Incorporándose.*)

Pues ¿qué es esto? ¿adónde estamos?

Sábelo Dios infinito.

SUSPIRO.

¿Qué espantosa oscuridad!

LOPE.

¿Qué endemoniado suplicio!

SUSPIRO.

¿Adónde estás?

LOPE.

¿Qué sé yo?

SUSPIRO.

¿Suspiras?

LOPE.

Suspiro y gimo...

si estoy hecho un Magdaleno...

un San Pedro-arrepentido.

Peró ¿quién nos trajo aquí?

LOPE.

Un médico barbilimpio

y cuatro sepultureros

y un cura y dos monaguillos.

Pues ¿estamos enterrados?

LOPE.

Y sabe Dios cuántos siglos.

Yo ya no huelo á cadáver,

huelo á momia que trasmino.

¿Esto es cementerio?

LOPE.

Es mas,

es mucho mas... por lo visto;

SUSPIRO.

- debajo de siete estados  
de tierra estamos metidos.
- LOPE. ¿Qué dices... hombre...?
- SUSPIRO. ¡Ay don Lope!  
estos son tus desvaríos.
- LOPE. ¡Qué diablo...! vente hacia acá...
- SUSPIRO. ¡Qué es ir...! ¿y éstos precipicios?
- LOPE. ¡Precipicios...!
- SUSPIRO. ¿No los ves?  
¡qué zanjás...! ¡uif...!!! me horripilo...  
¿quieres que el pie se me vaya  
y de un batacazo...
- LOPE. ¡Chico!  
nada veo...
- SUSPIRO. Pues yo sí...  
Repara, don Lope amigo,  
en ese que está á tu lado:  
¿has visto nunca un abismo  
mas profundo ni mas negro...  
mira allá abajo, abajito...  
sobre la mano derecha  
¿no ves abierto un postigo?  
pues ese es sin duda...
- LOPE. ¿Qué?
- SUSPIRO. Del infierno algun resquicio.
- LOPE. Loco estás, ó yo estoy ciego;  
nada descubro, ¡por Cristo...!  
quiero acercarme hasta el borde  
de esos hondos precipicios...
- (*Se levanta y anda á tientas y con mucha precaucion*)
- SUSPIRO. ¡No hagas tal...! mira que el suelo  
está muy resbaladizo...
- LOPE. (*Dirigiéndose muy despacio hácia donde e-  
stá Suspiro.*)  
Hombre... calla... por ahora  
con seguridad afirmo  
la planta...
- SUSPIRO. ¡Señor... señor...!  
¿y si te da algun vahido...  
ó tropiezas ó resbalas  
y te rompes el bautismo...?  
Por Dios no me dejes solo

en tan extremo conflicto...

*(Tropieza con el don Lope.)*

¡Ay...! ¡que el demonio me tienta!

¡qué garras tiene el maldito...!

LOPE. ¡Necio...! soy yo.

SUSPIRO. ¡Tú! ¡me engañas...?

LOPE. No.

SUSPIRO. Para el caso es lo mismo.

Solo el demonio pudiera

atravesar sin peligro

esa veredita angosta

por donde hasta aqui has venido.

LOPE. ¡Qué vereda...! si no hay nada.

SUSPIRO. ¿Cómo que no?

LOPE. *(Tirando de él.)*

Ven conmigo...

*(Lo arrastra hasta el escotillon que habrá cerca del banco: lo suelta y se hunde.)*

SUSPIRO. ¡Ay...! ¡ay...! ¡que me caigo...! ¡tenme...!!!

LOPE. *(Alargándole los brazos.)*

¡Adónde estás...

SUSPIRO. ¡Don Lopito...!

¡Ay, que me quemo...!

LOPE. ¡Demonio...!

y ya está lejos... ¡Suspiro!

*(Al cerrarse el escotillon sale una llamarada.)*

## ESCENA VIII.

DON LOPE.

¡Cáscaras...! digo, si yo

de pronto no me retiro...

pero... ¿y mi pobre Suspiro?

¡la tierra se lo tragó...!

Bien dijo cuando anunció

precipicios... pero... ¡qué!

¡adónde estan... ¡quedo, pie...!

que este maldito misterio

se va poniendo muy serio...

mas de lo que yo pensé.

Si á mi inocente bufon,



tan infeliz y tan santo,  
 este diabólico encanto  
 lo trata sin compasion,  
 ¿ qué hará conmigo Pluton ?  
 Yo que siempre un diablo fui  
 y atropellé cuanto vi,  
 y ocasioné tantos duelos...  
 ¿ qué tendrán los altos cielos  
 reservado para mí ?  
 Y me voy quedando yerto...  
 ¡ por vida de Lucifer... !  
 que no pueda yo saber  
 si estoy vivo ó estoy muerto...  
 Ni lo uno ni lo otro es cierto.  
 ¿ Vivo, y aqui ? claro está.  
 ¿ Muerto, y hablo y ando... ? ¡ cá !  
 mas... ¡ quién sabe ! ¿ ha sucedido  
 que hayan los muertos salido  
 á decir cómo les va ?  
 Vivo ó muerto, me hallo bien  
 en el cielo ó en el abismo :  
 ya estoy tal, que me es lo mismo  
 ir al infierno ó al Eden.  
 ¡ Bruja de los diablos, ven !  
 ¿ dónde estás ? ¡ llégate á mi !  
 Cuando en el mundo te vi,  
 ¿ no me citastes un dia  
 en esta mansion humbría... ?  
 pues bueno ; ya estoy aqui.  
 Salgamos de confusiones,  
 de dudas y oscuridad :  
 venga aqui la realidad  
 á ahuyentar las ilusiones.  
 Decidme, negras visiones  
 que en este recinto humbrío  
 vagais en derredor mio,  
 por vuestro descanso eterno  
 ¿ dónde estoy ?  
 (Dentro.) En el infierno.  
 Mentís, porque tengo frio.  
 Pero ¿ qué importa ? hablad mas  
 y sírvame de consuelo

REGOLLOS.  
 LOPE.



vuestra voz mientras me hielo...

Pronto...

REGOLLOS.

LOPE.

¡Qué!

REGOLLOS.

¡Te abrasarás!

LOPE.

Pues no he de volverme atrás,

ya en diabólico vaiven

conmigo en las llamas den...

que al cabo... ¡oh sombras! allí

mejor he de estar que aquí.

REGOLLOS.

¡Pues bueno, al infierno ven!

(Mientras se dan tres golpes seguidos en la campana moruna desaparecen los bancos y el subterráneo, dejándose ver una caverna infernal que ocupe todo el teatro, alumbrada con fuego rojo. En el fondo, ó en lugar conveniente, y que esté muy á la vista del público, un trono diabólico desocupado, cuya base será un horno encendido. En el centro de la escena una pira con bastante llama que deberá conservarse hasta el fin del acto, y al lado de la misma, Rosalia, con su traje blanco, inmóvil, y con la frente apoyada en una de las manos.)

### ESCENA IX.

ROSALÍA. DON LOPE.

LOPE.

¡Aquí fué troya...! ¡qué haré...!

nada... con valor me interno...

pues no es tan malo el infierno

como yo me figuré.

En esta region ardiente

solo falta... (Reparando en Rosalia.)

¡Hombre, hombre...! ¡sí!

¿una muger no hay allí?

pues estoy divinamente.

Ya nada falta, hay sobrado...

(Acercándose y reconociéndola.)

Pero... ¿es esto ilusion mia...?

¡Rosalia... Rosalia...!

ROSALIA.

(Con toda la espresion de la insensatez.)

¿Quién me llama?

LOPE.

Un condenado

por lo visto, como tú.  
Mas... ¿quién me dijera, quién...  
¡pobre muchacha! ¿tambien  
te echó el guante Belcebú?

ROSALIA. ¿Quién eres...

LOPE. ¿Yo? ¡Voto á brios...!

¿no me ves? un vagabundo.  
Recuerdas tú si en el mundo  
nos conocimos los dos?

ROSALIA. Yo no sé...

LOPE. ¿Qué insensatez!

A pesar de que la arengo  
no me conoce... ¿á que tengo  
que conquistarla otra vez?

¿Cómo es que estan, con qué fines,  
en esta tierra maldita,  
revueltos y en comandita  
demonios y serafines?

¿tú lo sabes, eh?

ROSALIA. Quién... ¿yo?

LOPE. ¡Ay que boba se ha quedado...

Muchacha, ¡cuánto has mudado...!

ROSALIA. ¿Tú me conoces?

LOPE. ¿Pues no?

Y me duele que hasta aqui  
tus culpas te hayan traído...  
porque si hasta aqui has venido  
¿adónde iré yo...? ¡ay de mí!

Oye, ser angelical,  
contéstame con lisura:

¿has estado por ventura  
allá en el juicio final?

ROSALIA. No.

LOPE. ¿No? ¡vaya una justicia!

Que á mí que en el mundo he sido  
tan travieso y tan perdido

y obré con tanta malicia,  
sin oír mi defensa, aqui

me encajen de sopeton,  
para ello tienen razon,

vaya en gracia; pero... ¿á tí?

¿A tí, que del mal exenta

fuiste á la tierra con palma,  
echarte aqui en cuerpo y alma?  
ese es un error de cuenta.

ROSALIA.

Yo me quisiera alejar  
de lo que terror me inspira...  
pero al lado de esta pira  
debo sufrir... esperar.  
No puede, no puede ser  
ir lejos de esta mansion...  
(Señalando á la llama de la pira.)  
porque es de mi corazon  
la llama que ves arder.  
Y esa llama ha de estar presa  
en la region infernal,  
hasta que venga un mortal  
á cumplirme una promesa.  
Entonces iré al Eden...

LOPE.

¿Y el mortal tambien?

ROSALIA.

¡Jamás!

LOPE.

(Pues aqui te quedarás  
por siempre jamas amen.)

ROSALIA.

Dime, ¿á don Lope el traidor  
le conoces?

LOPE.

Asi, asi...

ROSALIA.

Dile que no venga aqui,  
porque le espera el horror,  
los mas agudos tormentos,  
los hornos y las hogueras...

LOPE.

¿Nada mas que esas frioleras?

ROSALIA.

Y eternos padecimientos.

LOPE.

Vaya... pues es una gloria...  
y avisas con tiempo, sí;  
¿sabes tú si por ahí  
hay alguna escapatoria?  
Porque avisarle quisiera  
antes de que...

ROSALIA.

Yo no sé...

LOPE.

Bueno, yo la buscaré.

ROSALIA.

Que no pase la barrera  
de las sombras, le dirás;  
que es de imposible salida.

LOPE.

Por supuesto... sí, descuida...

(Se dispone á marchar y óyese un fuerte ruido subterráneo que le deja inmóvil.)

¿Eh...? ¿qué es esto...?

(Aparece sobre el trono con toda la posible brevedad Regollos, ridiculamente disfrazado, y hasta una docena de criados tambien disfrazados de diablos, y se colocan á derecha é izquierda del horno.)

## ESCENA X.

ROSALÍA. DON LOPE. REGOLLOS. CRIADOS.

REGOLLOS.

¿ Adónde vas ?

LOPE.

(Volviéndose hácia Regollos muy poco á poco.)

¡Malo...! ¡malo...! ya caí ;  
esta es la voz de Satan...

¡Hola...! ¡Bravo...! ¡ cuántos diablos!

¿ me venís á chamuscar... ?

REGOLLOS.

¿ Adónde llevas la planta ?

LOPE.

A ninguna parte ya.

REGOLLOS.

El que una vez entra aquí,  
no vuelve á salir jamas.

LOPE.

Me alegro saberlo...

REGOLLOS.

¡ Escucha !

Tú porvenir aquí está.

LOPE.

¿ Tambien aquí hay porvenir... ?  
es decir, ¿ un más allá ?

REGOLLOS.

Tambien, sí : ¿ conoces á esa  
desconsolada beldad ?

LOPE.

Sí... me parece que sí :  
la conocí por allá...

REGOLLOS.

Pues bueno : su pobre espíritu  
de aquí no puede volar  
mientras que no se celebre  
vuestro enlace conyugal.

LOPE.

Hombre... hombre...

REGOLLOS.

Asi lo ha dispuesto

tu destino, escrito está.

Con ella en estas regiones  
tú, don Lope, te unirás,  
y del averno en el fondo  
tu dicha resonará,

y los diabólicos genios  
 tus bodas celebrarán.  
 LOPE. Pero falta que yo quiera  
 casarme: ¡pues qué! ¿no hay mas...?  
 dime, perro, ¿el matrimonio  
 está en uso por acá?  
 ¿Adónde está la razon...  
 por qué yo me he de casar  
 con una muger que espera  
 la ceremonia nupcial  
 para decirle al espíritu  
 "largo, que aqui estás de mas..."  
 y en tanto nos deja el cuerpo  
 por toda una eternidad?  
 No quiero enviudar á medias.  
 ¡Don Lope!

REGOLLOS.

LOPE.

REGOLLOS.

LOPE.

REGOLLOS.

¡ Don Satanás!  
 ¿ Sabes tú lo que te aguarda?  
 ¿ Podrá ser peor?  
 Será.

Candentes, agudos fierros  
 tus carnes penetrarán,  
 y serpientes venenosas  
 en torno tuyo verás,  
 y una hoguera ardiente, eterna,  
 de lecho te servirá.

LOPE.

¡ Linda cama...! y bien, me quemó,  
 acabo pronto, y en paz.

REGOLLOS.

Te engañas; nada hay aqui  
 perecedero, mortal:  
 las enrojeadas llamas  
 tus huesos calcinarán  
 y nada podrá extinguir  
 el espíritu vital.

Alli tus humanas formas  
 horribles se tornarán...

LOPE.

¡ Calla! ¡ calla... maldecido...!

REGOLLOS.

Vosotros, genios del mal,  
 del centro de ese horno ardiente  
 á un condenado sacad  
 y ofrecedlo ante los ojos  
 de ese incrédulo mortal.

:



(Meten dos criados en el horno un tridente y sacan á Suspiro con el rostro ennegrecido y desfigurado tod lo posible.)

LOPE. Me gusta de la manera  
que esta gente cuece el pan.

### ESCENA XI.

ROSALÍA. DON LOPE. REGOLLOS. SUSPIRO. CRIADOS.

SUSPIRO. (*Sacudiéndose.*)

¡Uf....! ¡af...! ¡por poco me ahogo...!

LOPE. ¿Es mi Suspiro...? no hay mas...

¡Huy...! ¡qué cara le han dejado!

SUSPIRO. ¡Que me hagan á mí quemar  
por pecados veniales!

REGOLLOS. Don Lope, ¿resuelto estás?

LOPE. Ps... yo... aquí...

SUSPIRO. (*Dirigiéndose á Regollos.*)

Escuche usarced,

señor diablo, en sana paz.

Desde el horno me he enterado

de lo que pasaba acá,

y salgo resuelto á todo

menos á volver á entrar.

Si de esto puedo libramme

casándome, bien está.

Yo me caso, por que soy

todo un mozo muy cabal:

ya que don Lope no quiere

aquí estoy yo, ¿qué mas da?

allá va una mano, ó dos,

ó lo que quieran tomar.

REGOLLOS. ¿Aceptas el cambio, Lope?

SUSPIRO. (*Dirigiéndose á Rosalía.*)

Vaya si acepta...

LOPE. (*Interponiéndose y tomando una mano de  
aquella.*)

¡Arre allá!

¡miserable! ¿á Rosalía

mè vienes á disputar?

SUSPIRO. ¿Qué es disputar? en tal cosa  
yo no he pensado jamas:



que me casen con cualquiera,  
señor, para mí es igual.

GOLLOS. Ya que á cumplir tu destino  
resuelto, don Lope, estás,  
las diestras manos sobre esa  
pura llama levantad.

*o hacen, y aparecen por la izquierda la duquesa y  
Ramiro. Este se queda á una regular distancia y  
aquella avanza por detras de don Lope sin que lo  
adviertan.)*

## ESCENA XII.

DUQUESA. ROSALÍA. DON LOPE. DON RAMIRO. REGOLLOS.  
SUSPIRO. CRIADOS.

GOLLOS ¿Juras ser de Rosalía  
esposo firme y leal  
y que nunca fementido  
tus votos quebrantarás?

E. Sí juro.

PIRO. Y yo tambien juro,  
aunque mi enlace es mental.

GOLLOS. Pues bueno, en pós de la dicha  
volad unidos, volad.

*n golpe en la campana moruna y desaparecen Re-  
gollos y los criados. La duquesa se coloca detras  
de la pira.)*

## ESCENA ÚLTIMA.

A DUQUESA. ROSALÍA. DON LOPE. DON RAMIRO. SUSPIRO.

DUQUESA. ¡Ja...! ¡ja...! ¡ja....!

E. ¡Cómo...! ¿tambien  
vos aqui?

DUQUESA. Don Lope, sí;  
mas, solo he venido aqui  
á daros el parabien.

PIRO. (¿Otra vez vuelve á danzar  
esta archibruja infinita?  
¿Cuánto va que la maldita  
nos manda aqui desollar?)

E. ¿Venís para entorpecer  
la dicha que alcanzo ahora?  
¿Tambien hasta aqui, señora,

- alcanza vuestro poder ?
- DUQUESA. ¿ Qué poder ?
- LOPE. Esos conjuros  
diabólicos con que un día  
ahogásteis la suerte mía  
de Lanjaron en los muros.
- DUQUESA. Ese es, don Lope, un error ;  
no existe en mí tal poder :  
no soy mas que una muger  
que tiene muy buen humor...  
y un poco de travesura...
- LOPE. ¡ Cómo... !
- DUQUESA. ¿ Cuánto os figurais  
que de Lanjaron distais ?
- LOPE. Y... ¿ yo qué sé... ?
- SUSPIRO. (¿ Otra diablura ?)
- DUQUESA. Os lo diré ; estais en él.
- LOPE. ¡ Qué decís... ! ¿ en Lanjaron...  
pues... ¿ y esto... !
- DUQUESA. Pinturas son...
- SUSPIRO. (¿ Pues me ha gustado el pastel !)
- LOPE. Pero ¿ y tantos condenados,  
y tantas apariciones,  
y tantas negras visiones...
- DUQUESA. Escuderos disfrazados.
- LOPE. Vuestro engaño ha sido fiero.
- DUQUESA. Mas nunca os ha de doler,  
pues por él volveis á ser  
noble, honrado y caballero.  
Ya veis si anduve sutil,  
que al fin por esta humorada  
la oveja descarriada  
vuelve otra vez al redil.  
Tomad : (*Entregándole un pliego.*)  
supongo, señor,  
que obrando de esta manera...  
no cumplireis la postrera  
voluntad del testador.
- LOPE. ¡ Ya ! ¿ Sabeis que estoy tentado  
de echarlo todo á rodar,  
y vengarme y anular  
el juramento prestado ?

AMIRO. *(Tocando en el hombro á don Lope.)*

Y ¿sabeis que con mi espada  
el alma os arrancaré,  
y al infierno os enviaré,  
don Lope, de una estocada?

*(Se arranca el velillo.)*

¡Vos, marques!!

LOPE. *(A don Lope.)* Mi hermana es esa.

AMIRO. ¡Vuestra hermana...! ¡Oh...! perdonad.  
Noble Ramiro, mirad  
si cumplo bien mi promesa.

*Rasga el pliego, y pasa al lado de Rosalía, con la que habla aparte.)*

DUQUESA. ¿Salió vana mi esperanza?  
¿de la verdad dudareis?  
Decidme, ¿allí no teneis  
hermana, honor y venganza?  
Señora del alma...

AMIRO. *(A la duquesa.)* ¡Oh...! sí;

DUQUESA. mucho os he de hacer penar,  
porque algo os ha de costar  
haber dudado de mí.  
LOPE. Duquesa del corazon...  
me habeis salvado... ¡friolera!  
porque en el mundo, cualquiera  
comete una indiscrecion.  
Pero eso de contrastar  
tan á tiempo los errores  
y evitar otros mayores...  
nunca se puede pagar.

SUSPIRO. Señor, de albricias un sayo.  
¿Te arrepientes...? haces bien.  
Yo me arrepiento tambien  
de haber sido tu lacayo.

LOPE. Demos gracias al Eterno,  
porque hemos así concluido.  
Con que, duquesa, ¿esto ha sido...

DUQUESA. UNA BODA EN EL INFIERNO.

FIN DE LA COMEDIA.

